Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLIII | San José, Costa Rica | 1947 | Sábado 8 de Noviembre | No. 11

Año XXVIII — No. 1038

SOBRE UN CONGRESO INTERAMERICANO DE BIBLIOTECARIOS

Por Gabriela Mistral

(De *La Nación*. Buenos Aires, 3 de agosto de 1947.)

Este Congreso Interamericano se celebra en uno de los más bellos hogares mundiales del libro. La Biblioteca del Congreso rebalsa su nombre hacia la categoría de una institución universal, y por ello es honra y gozo trabajar unos días dentro de esta concentración de austero saber y de gay-saber.

Medina

Quiero recordar, por el regusto de agradecer, el que una pequeña sala de esta biblioteca lleva el nombre del investigador y bibliógrafo chileno don José Toribio Medina, hombre extraordinario, cuya averiguación histórica trabajó cincuenta años sobre la América del Sur casi entera, empecinado rastreador de «papeles perdidos», que nos darían algo así como la radiografía de nuestros orígenes. A dos pasos de esta sala, su rostro, a la vez fatigado y alerto, sigue ahora vuestro trabajo como un abuelo que ojea sobre sus bisnietos avesados...

El libro

Entre las finalidades del Congreso están la voluntad de coordinar los libros del Norte y del Sur, el deseo de enfrentarse con ciertos problemas nuevos de las bibliotecas y y una generosa intención gremial de aproximar a los que gobiernan la lectura continental, a fin de que cobre mayor eficacia la herramienta misteriosa que llamamos «libro».

Digo «misteriosa» aunque sea visualísima y ande tan vulgarizada como las demás herramientas. Flecha sutil es el libro en la maniobra que cumple sobre nuestra alma, indecible es la fuerza de bien o de mal que salta de bulto tan pequeño y que equivale a la narigada de la dinamita; caliente resulta su cuerpecillo como el fogón mismo, en cuanto se abre y echa su bocanada sobre nosotros. Y a pesar del duro silencio de sus cien labios plegados, viene a ser el varón más voceador de pregones que se conozca, y gorrioncillo desprovisto de defensas, se hace más dueño de la atmósfera terrestre que una fila de aviones, y gobierna desde las estanterías sentimientos, sucesos y costumbres.

Ahí están, y nos oyen, estas curiosas criaturas salidas de nosotros, y bien emancipadas de sus dueños dando su verdad o su error y volviéndonos siempre sus servidores y a veces su presa. No se ha visto mercancía tan frágil como ésta volverse la gobernadora del que la carga. Y a quien lo desdeña como a puñadito de celulosa y no le importa leerlo, también a ése el gran zumbón lo alcanza de alguna manera y lo alza y se lo lleva de arrastre, como la guerra a los neutrales comodones. Con el libro



beligerante no hay más salvación que la beligerancia de otro libro...

Biblioteca y Escuela

El pueblo americano que nos hospeda, a poco de nacer, entendió que Biblioteca y Escuela son sinónimos, y además que el cuerpo de la cultura no puede trabajar como un manco, sólo a base de la última Los Estados Unidos nacieron leyendo, se han acrecentado dentro de esta pasión y siguen perfilándose por medio de ella. Ellos trabajaron sobre el capítulo librero con un criterio de abastecimiento en grande, de inundación generoso, lo mismo que hacen con su mercado de alimentos.

A mí me apena confesar la norma opuesta con la cual se trabajó en el Sur. Pero estáis allí en trance de deciros la verdad los unos a los otros, y el tapujo dañaría vuestra faena, aparte de que la auto-adulación me pareció siempre una malicia de niños bobos que a nadie engaña.

Digo, pues, que la mayor parte de la América latina acometió la empresa bibliotecaria



dentro de una manera que llamaríamos suntuaria, o aristocrática, o mejor, *urbanista*. Se buscó servir a las ciudades en cuanto a núcleos vitales del país. El estilo fué muy ibero, pero también europeo, y señalado por las marcas digitales de todo régimen colonial. Al llegar la era republicana, no se corrigió la fórmula, ensanchando aquel sistema de abrevadero único, como si la sed de leer que ardía en el pueblo emancipado no obligase a surcar el territorio entero de bibliotecas.

Las ciudades pequeñas, y no digamos las aldeas nuestras, o bien poseen bibliotecas panpérrimas o viven rasas de libros ayunas de esta alegría que es parte del disfrute mismo de vivir; ellas quedaron al margen de la honra de leer, la cual corre parejas con la de ser hombre y no zoología rasa.

Dos excepciones rotundas hay que hacer en este acaparamiento necio: Sarmiento, el quemador de una decena de barbaries, quien se había criado en el hambre del libro fino, cuando llegó a la presidencia de su país había de volear la biblioteca pública hacia los cuatro cantos de la Argentina. Mucho más tarde, el ministro Vasconcelos, yendo más lejos todavía, y haciendo de cada maestro rural un bibliotecario, injertó la sala de lectura en cada escuela. El crearía una tradición que México no habría de soltar, sabiendo que este quijotismo librero, esta locura de *la celulosa que habla*, debe seguir su marcha en bien de la ciudadanía provincial y aldeana.

El libro caro

Sin derecho, sólo por la gracia que se me ha acordado, yo quiero indicar el punto más enfermo que veo actualmente en la vida del libro.

El ha encarecido sobre todos los meridianos, y con una alza escandalosa que va mucho más lejos que la de los demás «alimentos terrestres». Los escritores siguen vi-



viendo tan pobres como antes, en tanto que su producto ha triplicado el precio, volviéndose lo que ellos jamás desearon; lujo, materia preciosa, privilegio. Y como el libro nunca fué para el hombre común artículo equiparable a la mesa y al vestuario, en esta carestía desaforada el libro irá retrocediendo, será una «piel de zapa» que se encoge sin más causa que la explotación de impresores y especialmente de libreros. Yo no creo que en tal proceso obre un plan maligno, pero pienso que obra un *dejar hacer* de los dueños naturales del libro que somos los escritores, las escuelas, las bibliotecas y los gobiernos. El daño puede subir y volverse un suicidio de la industria librera y, sobre todo, una sangría lenta de la cultura.

En años de democracia cenital, en los cuales todo se hace bajo esa advocación, precisamente en pleno jubileo del populismo, resulta que lo que decae, escasea o se escurre, como una personalidad eliminada, sea precisamente el libro, nada menos que el libro. El hecho que vemos pertenece a uno de los mayores absurdos de nuestro tiempo, el cual va en un zigzagueo desde la lucidez a la ceguera y desde la sutileza de la concepción a la grosura de las realizaciones.

La calidad de la lectura popular

Cualquier observador que quiera seguir la vida de una sola biblioteca pública sabrá que se lee en algunas de ellas mucho y mediocre, y en otras, poco y malo. Cierto deportismo o jugarreta intelectual se está despeñando sobre esta hora, que es conjuntamente de buena voluntad y de atarantamiento, y el demonillo que llamaríamos *espíritu de facilidad y de comodonería* desplaza el hábito del lector antiguo y no digamos del lector heroico para los cuales no fué nunca trivialidad ni bufonada, sino operación seria cumplida sobre materiales que exigían algo o muchísimo.

Estamos viviendo unos auges lamentables de ciertos géneros de novela, por ejemplo: de la policial y de la de seudo-misterios, que no son ¡ay! las hijas ni aun los entenadas del grande Edgar Poe . . . Parece que una marejada borrosa se va llevando por delante «la flor del botín» que fué la lectura paladeada; esta ola de envalentonamiento arrasa a los clásicos universales, a la obra de historia, al libro científico y a los demás géneros que corren bajo el rubro del Libro con mayúsculas. Los engendros recién venidos parecen pertenecer al cuerpo del cinema, y serían, por lo tanto, la invasión de un intruso en morada ajena, que pertenece a otro reino, a otro ejercicio y a otra jerarquía.

Todos sabemos las excusas que se dan por el acrecentamiento de estas especies inferiores, cuya multiplicación se parece al desove de ciertos peces; se habla de pereza mental en los jóvenes, a causa del deportismo, y de la fatiga que acarrean el trabajo y el ajetreo de las urbes. La lectura, gran dama, se nos estaría abajando a recitadora de asesinatos, de «misterios» y de chistes baratos, en un trueque como el de la Dulcinea, con la moza olor de ajos . . .

La estadística que indica la prosperidad de esta lectura tonta abisma a los profesores; pero la cifra paralela de la delincuencia infantil, que lleva encima los signos digitales del libro policial, deja despavoridos a los padres. Los libros de la línea indicada lucen en los catálogos el apodo de «Lectura . . . popular».

Uno de los peores daños que se pueda hacer al pueblo lector tal vez sea el de primarizarlo más aún y enviciarlo en el hábito del esfuerzo mínimo y hacer que pierda lo poco que había ganado en buen gusto, en eso que llaman «el paladar del alma». El pueblo nunca puede ser promovido a dignidad verdadera al margen de la cultura, y bueno sería que él mismo supiese esto, *que lo entendiese*.

Apostolado del bibliotecario.

Aquí viene lo del apostolado en el oficio; siempre hay que caer en la palabra bíblica, para muchos antipática, pero que sigue siendo válida en las empresas morales anchas, las cuales piden, como el mar duro, barcos de gran calado. Al hombre de temple apostólico se apela también cuando la marisma invade las granjas limpias. Sólo su alma de alta temperatura puede conducir a la clientela lectora hacia el esfuerzo y hacia la conversión a los maestros universales—que en su mayoría escribieron para el pueblo, indicando aquí el vocablo al pueblo no estragado.

Los bibliotecarios con sentido de misión pueden lograr que el lector popular reconozca ciertas verdades verticales. El teatro griegro, Shakespeare, El Dante, Cervantes, Rabelais, Dostoiewski, Montaigne, todas las Escrituras Sagradas, Poe, Melville y los novelistas grandes de hoy en la América del Sur o en cualquier país liberan del tedio, solazan y atrapan el interés tanto y más que la caterva de autores policiales; los grandes imaginistas que ellos fueron y son siguen frescos e intactos; no se han vuelto cecina ni están tomados de herrumbre; se parecen a la brisa marina que no cansa y orea nuestras potencias. El sustento que ellos dieron, puesto al lado de aquellos embelecos, equivale a la tajada del buey homérico junto a la hortaliza tercerona . . .

Un apostolado del libro popular es cosa que pudiera incitar, pues resulta bastante más intenso y fértil que el oficio pedagógico. Explicar libros convidando a leer me pareció siempre una fiesta, y en mí fue hasta una euforia . . .

La curiosa clientela diurna o nocturna de las pequeñas bibliotecas es más avisada que la infantil por más vivida, y se vuelve, a poco andar, ambiciosa de logros mayores, ávida, incansable. El niño sólo querría jugar; el cliente adulto es un convencido de la materia, un verdadero amante de la manufactura viviente que mentamos "volumen", un husmeador que corre hacia sus fines, aun cuando empiece esta aventura con el libro primario y confusionista.

Para este apostolado, como para los demás de nuestro tiempo, se necesita técnica, anchura de espíritu, paciencia, pero a la vez fervor y un abstencionismo radical de aquel espíritu de partido de "maña" y de



SONETOS DE CAPA Y ESPADA

(En el *Rep. Amer.*)

(Primer premio de los Juegos Florales de Quezaltenango, 1947).

CABALGA EL CABALLERO

I

Cabalga el caballero por el sueño:
en la frente huesuda y soñadora
ceñirse quiere el yelmo de la aurora
para tener iluminado el ceño.

De las mejores armas es el dueño
y sabe usarlas cuando llega la hora;
el dulce amor que sirve y que enamora
fuerzas le da para vencer su empeño.

Andante caballero no resiste
toparse con el mal. Culpas ajenas
y propias lava así de toda mancha.

Y así recorre altivo pero triste,
dando alegrías y juntando penas,
los campos luminosos de la Mancha.

II

«PIDIO UN DIA LICENCIA
A LOS DUQUES PARA PARTIRSE»

Con la mano teniendo la mejilla
lo iluminó la luz del panorama
al sólo ver fulgir desde su cama
en el campo los oros de Castilla.

Ya no puede seguir en esta villa
porque en su sangre la aventura es llama.
¿Cómo quedarse cuando el alma clama?
Calmo el buen Sancho a Rocinante ensilla.

El caballero cíñese la espada,
a los duques saluda reverente,
se alza la capa y a partir se apresta.

Cuando recorre el monte y la cañada
estas palabras brotan en su mente:
«Loado sea Dios; la vida es ésta».

OTTO RAÚL GONZÁLEZ

secta que pone a arder toda morada o la envenena de alto abajo. El bibliotecario propagandista para en una calamidad.

No hay nada más fácil que amontonar libros: eso no cuesta más que enfilar ladrillos, y hay gentes que ordenan sus volúmenes para la eternidad con cierto regusto faraónico de no moverlos nunca... Son algo así como decoradores de muros o compadres de la muerte; realmente matan cada obra cuando la enclavan en sus anaqueles.

Gracias a Dios existen también los bibliotecarios jóvenes, o los viejos sin edad, y éstos manejan el santo depósito lo mismo que si fueran las represas del Valle de Tennessee. Saben muy bien que el libro se hizo para circular, ambular, tratar y «perderse ganándose», como quería el maestro Vasconcelos, quien daba por bien aprovechados los libros que no vuelven a las bibliotecas-madres...

Guardianes vivos de muros vivos, estas gentes valen un tesoro: husmean el temperamento tanto como los intereses del cliente tímido y salen al encuentro de ellos: son una especie de orden dominicana de predicadores que viven batiendo la modorra del ambiente provincial y enleudando con levadura verbal al convivio de lectores-auditores. Mal pagados en muchas partes, ellos se sienten confortados por el espíritu mismo de misión, que es una dinamo ardiendo. Estos *pobrecillos* son quienes deciden de muchas vocaciones y a veces llegan a crear una vida nueva en las ciudades a media muerte.

Me los he visto en muchas partes, y supe que eran, al margen de toda gloriola, los autores sigilosos del futuro y que manejaban las esencias de su raza más y mejor que los actores de alto coturno llamados «políticos»...

Recuerdo de misioneros

Los nombres de los discóbolos del libro que conozco en la América del Sur se me vienen en raudal, pero sólo puedo citar algunos.

Leopoldo Lugones, poeta mayor y, además, varón sapiente, gobernó por años la Biblioteca de Maestros en Buenos Aires. Al muy letrado se le vió siempre allí sirviendo al entrenado como al simplote, y atizándoles la pasión de conocer que no le anda a la zaga a la de amar, y se halla, por lo tanto, latente en todos. La fertilidad cultural extraordinaria que irradia hoy desde el foco de Buenos Aires le debe, seguramente, más de lo que sabe a este minero de libro que conocía también sus metales y que no recibió la justicia que merecía su labor cualitativa.

Entre los vivos, me cae el primero a mi memoria alguno que, sin ser bibliotecario ni pedagogo, se ha vuelto algo así como el rector de la lectura sudamericana, además de ser uno de los maestros de la prosa española. Mucho nos beneficiamos de él, y todos hemos recibido trigo de sus manos. Su dar y su prestar son tan anchos como sutiles, porque su arte de divulgación sólo puede compararse con el del ateniense por él mismo divulgado. Se llama Alfonso Reyes este bienhechor.

Me golpea la memoria también un curioso bibliotecario sin cargo ni paga, verdadero proveedor de lectura para su país entero, el uruguayo Vaz Ferreira... Rodó y él dibujaron las entrañas sensibles de su pueblo fino. Con manera ambidextra, enseñando y haciendo leer, regalaban en todos los sitios (aula, casa, salón, plaza, calle), por donde fuesen, bibliografías de ciencias y artes a los investigadores novatos, a los maestros de escuela, a los muchachos, y vivieron siempre el turno honesto de crear lo propio y divulgar lo ajeno.

En Costa Rica vive un curioso hombre partido en tres menesteres: García Monge, el educador sin cátedra, bibliotecario jubilado y editor de un cuaderno de textos y bibliografías que se llama *Repertorio Americano*. Esta gaceta ligera y densa hace de Mercurio andador por toda la América del Sur, y funge, además, de pregonero para reunir a los dispersos y alcanzar a los perdidos. Lleva cincuenta años de ayudarnos el publicista pobre, y nos sirve dentro de esa gratuidad fantástica que sólo tienen los dioses...

Yo vi trabajar a otro clérigo más de iglesia librera: era el guatemalteco Arévalo Martínez, persona sagaz en la purga de la lectura popular tanto como exigente en su obra misma de prosa y verso. Mostraba sus salas con ese lindo orgullo del que vive pegado a su llama, y la alimentaba con leño y leño, en dueño y siervo de ella.

En el Brasil no conocí bibliotecarios; en cambio palpé un culto cotidiano y fervoroso de la lectura nacional, norteamericana y europea.

Sin tiempo para seguir repasando más y hacer justicia cumplida, debo mencionar algunos casos descollantes de divulgación del libro en la América del Sur. Colombia viene a ser, proporcionalmente, el país más lector entre los del Sur, y este simple dato da el perfil de una cultura literaria en sazón. Venezuela ensaya la empresa fiscal de libros y revistas, que los escritores chilenos están ahora solicitando; Cuba y varios países ya editan a sus autores clásicos (*). Y hay el acontecimiento magnífico de grandes focos editoriales en la Argentina, el Brasil, Chile y México. Se trata de empresas en plena prosperidad comercial que trabajan con rigor intelectual, defendiendo su prestigio al igual de sus ganancias, conducta nada común en los usos comerciales.

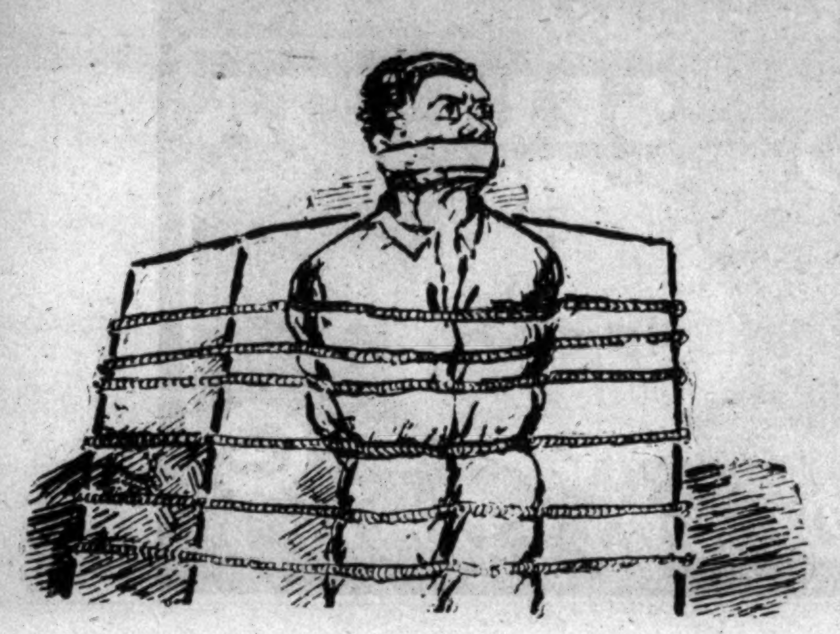
Yo creo que este suceso del Sur tiene tanta trascendencia como la descolonización política hacia el año 1800, porque el mercado nacional del libro ya está triplicando la lectura sudamericana.

Agradecimientos

Agradezco al técnico ilustre que manda en esta mansión de libros, Dr. Luther Evans, su noble convite para que yo hiciese *presencia de ausente* en su Congreso. El sabe que el cuerpo no pudo acudir, pero que la mano ha cumplido por el cuerpo enfermo.

A él, a sus compañeros de trabajo y a los congresistas mando el agradecimiento natural del escritor hacia sus divulgadores directos, que son los bibliotecarios. Vivimos nosotros endeudados con ellos, y en rara ocasión nos encontramos delante de nuestros acreedores para declararles la amistad tácita, y más, la consanguinidad que existe en ellos y nosotros.

(*) En Lima no me llevaron a la noble "Biblioteca de la Universidad de San Marcos" por razones que fueron "sinrazones"...



Cómo el pueblo argentino y el Gobierno de Perón forman un solo bloque.

ARGENTINA LIBRE

A SUS AMIGOS

(Es una hoja suelta)

Argentina Libre no pudo dar su edición del lunes; tampoco podrá dar la de mañana. No hay imprenta con rotativa que se anime a publicar este periódico, ni ningún otro, según se sabe ahora, que no sea declaradamente oficialista. Los dueños de imprenta han sido advertidos de que sus establecimientos no se ajustan a las diversas ordenanzas en vigor y que la Municipalidad está dispuesta a tolerarles las infracciones siempre que no impriman órganos opositores. Si los imprimen, sufrirán suerte parecida a la de los Talleres de *La Vanguardia*.

Por otra parte, los vendedores de diarios, sin cuyo concurso es imposible la difusión normal de una publicación como la nuestra, han sido a su vez advertidos por gente de la policía que se expondrían a severas sanciones si intentaran vender **Argentina Libre**.

Nos hemos quedado, pues, sin impresores y sin distribuidores, pero no se prohibe la impresión ni la venta de **Argentina Libre**. La libertad de prensa sigue, por tanto, en plena vigencia y no cabe invocar disposiciones constitucionales y pactos de Chapultepec, que son ley nuestra.

Se nos ha creado mañosamente una situación rarísima, que haría reír si no fuese amarga. En los oaho años de existencia, **Argentina Libre** ha sido objeto de varios años de violencia y los afrontó con serenidad. Ahora ya no se trata de violencia, sino de fraude. La libertad de prensa no es atacada en forma abierta, como en anteriores circunstancias también aciagas, sino defraudada picarescamente. En todo acto de violencia, por repudiable que sea, hay cierta gallardía. En los de fraude hay sólo bajeza. Y hoy comprendemos mejor que nunca que Dante condenara a los fraudulentos a ocupar en el infierno un sitio más ignominioso y nauseabundo que el que se destina a los violentos.

LUIS KOIFMANN, Director — GUILLERMO KORN, Secretario de Redacción

Buenos Aires. Miércoles 3 de setiembre de 1947.

NOTA: *A partir de la fecha se han hecho cargo de la dirección de* ARGENTINA LIBRE *los diputados nacionales Silvano Santander, Reynaldo A. Pastor y Mario Mosset Iturraspe, quienes preparan la reaparición del periódico para dentro de unos diez días.*

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

(En el *Rep. Amer.*)

Las banderas de la cultura de América, aparecen ahora envueltas en el luto que simbolizan negros crespones. Se ha apagado una de las voces más autorizadas y elocuentes en el mundo de las letras. Fué un espíritu singular. Humanista que abarcó los más diversos campos y las más serias disciplinas. Inspirado escritor que alcanzó en la expresión poética y en el empleo de la prosa, que para él fué como un solemne rito en el más puro de los altares, las más altas cumbres. Sus sonetos vivirán tanto cuanto alcance a vivir la hermosa lengua castellana, y sus estudios críticos y sus incomparables discursos académicos, pasarán de una a otra generación como el mensaje que nos impone el deber de cuidar, con celos de enamorado, de brotes como ésos, que patentizan el auténtico valor de un prodigioso mundo en fermación. Don Antonio Gómez Restrepo, Secretario perpetuo de la Academia Colombiana, cautivó el corazón de cuantos le conocieron, desde los príncipes de la sangre hasta los príncipes de las letras. La sutil e incomparable Colombia, en vida le consagró un respeto y una admiración que nunca jamás sufrieron eclipse alguno. Hoy, guarda, con valor de madre orgullosa, la tumba en donde duermen los restos del insigne hombres de letras. Hasta esa tumba ha de llegar el tributo del corazón agradecido de aquellos pueblos que, como el nuestro, tuvieron a honra recoger magníficos acentos del verbo que siempre resonará en las esferas literarias de nuestro mundo americano.

A. AGUILAR MACHADO

San José, Costa Rica, noviembre de 1947.

FATIGA

(En el *Rep. Amer.*)

En mitad de la ruta doliente de la vida:
muy lejana la cuna, muy incierto el final;
meditamos a veces en la alegre partida
y en las nubes rosadas que barrió el vendaval.

La carga en nuestros hombros se vuelve muy pesada:
¡traemos tántas penas; hicimos tánto mal!
La nave de los sueños, con el ancla clavada,
sólo es ansia de mares en el sucio fangal.

Atrás quedó la choza perdida en la montaña:
como un sonoro grito de santa rebelión
fué aquella choza nuestra la tienda de campaña
de un caballero andante de capa y espadón.

Hoy estamos ya lejos de viles desplantes:
no cruzó nuestro nave los abismo del mar
y dejamos la choza, la choza que era antes
un grito que a los montes pretendimos lanzar.

Y, en vez de esas brillantes y locas rebeldías,
cuántos amargos tragos tuvimos que tomar
a solas y figiendo las tristes alegrías
de los que nada pueden ni quieren esperar.

Y dijimos palabras que, en las alas del viento,
volaron donde nunca pudimos ya llegar;
y las cosas que hicimos, con nuestro pensamiento
más de una vez chocaron en rudo batallar.

Ahora ya somos todo lo que antes no queríamos.
Si fué por nuestra culpa que todo sucedió,
lo fuerte de la lucha, la vida que vivíamos
son parte de esa culpa que ayer nos envolvió.

Y hoy nada nos impulsa, hoy ya no ansiamos nada:
somos sólo una angustia que va tras el perdón
y tras una caricia de finas manos de hada
que borre la fatiga de nuestro corazón.

ROMÁN JUGO

Costa Rica, 11-VIII-47.

(*Viene de la pág. 172.*)

la nítida imagen de una posesión erótica. Nos pareció lo más logrado en la novela el encuentro amoroso de Cecilia con Francisco, el inesperado amante de una noche. Aquí la prosa de Gutiérrez se acendra y prolifica imágenes de gran calidad estilística.

Manglar resulta así una obra de proporciones atrevidas que no se sitúa en el campo fértil del costumbrismo centroamerino, que hemos palpado en las narraciones folklóricas de Carmen Lira (*Los Cuentos de mi Tía Panchita*) y en Santiago Argüello. La inquietud del joven escritor se vierte en metáforas muy modernas y en un disfrute pagano del paisaje de su tierra, que no sólo lo gozamos y captamos por medio de la vista, sino que lo vivimos de un modo total por el oído, el tacto, el olfato, a través de primorosas y complejas sensaciones directas o soterradas. No se ha sometido, además, a las tentaciones derivadas del escenario, evidenciadas en el giro poético de *La Vorágine*, de José Eustasio Rivera, o en el abuso del lenguaje regional, que tanto desmedra a las por los demás magníficas novelas antioqueñas de Tomás Carrasquilla. Con *Manglar* se asienta la reputación de Joaquín Gutiérrez y deja pendiente la curiosidad hacia su libro para niños intitulado *Cocori*, que obtuvo el Premio Rapa Nui en un concurso reciente abierto en nuestra capital.

R. A. L.

NOTICIA SOBRE UNA EXTENSA NOVELA ARGENTINA

(En el *Rep. Amer.*)

Durante muchos años—más de veinte—he trabajado en una extensa novela que constará cuando se publique, de diez tomos de cien a doscientas páginas cada uno. La serie se agrupará bajo el título de *Tierra Gaucha* y comprende los siguientes títulos: *Ternera Guacha* (ya publicado separadamente), *Las Vinchucas* (parte de ella publicada con el título de *La Satanasa*), *La Bailanta*, *El Mensú* (parte de ella publicada en *La Caá Yarí*) *Tierra Fría*, *Guainita* (publicada separadamente y hoy agotada), *Sangre en las cañas*, *La Risa Blanca*, *Toro Mocho*, y *Flor de Chañar*.

De la simple mención de sus títulos se vé que son obras de fuerte regionalismo y agregaré que comprenden costumbres de las provincias y territorios argentinos de Buenos Aires (provincia de Buenos Aires y no la ciudad), Formosa, Chaco, Misiones, Chubut, Corrientes, Tucumán, Santa Fé, Entre Ríos y Río Negro, lo que el autor denomina «tierra gaucha», pues otras regiones argentinas tienen mucho de chileno, boliviano, quichua, etc., aunque también son gauchas en parte en sus costumbres. La intención del autor fué abarcar todo el territorio argentino, pero ese proyecto ambicioso se tuvo que reducir a diez de sus partes con sus trabajos típicos: zafra de la caña de azúcar, cosecha del algodón y la yerba mate, rencillas políticas, etc., etc.

Esta obra enorme por sus proporciones y ambición la escribí en mis viajes frecuentes a las regiones aludidas y en mi retiro de Lomas de Zamora, pero al trasladarme a la ciudad de Buenos Aires, otras obligaciones y la misma vida febril de la metrópoli me obligaron a darla por terminada. Es una novela-río como se dice hoy, la vida de una familia pobre desperdigada por diversas partes de la nación en busca de trabajo y aunque corresponde a un período un poco ya superado, muestra cosas y denuncia estados de sociedad que hay que corregir. Espero al editor que se arriesgue a publicarla en la seguridad de que el pueblo nuestro ha de saber recibirla con placer.

ALEJANDRO MAGRASSI.

Buenos Aires, República Argentina.

UNA PAGINA DE DOLOR Y DE ESPERANZA

A LOS TRABAJADORES DE COSTA RICA

(*Envío del autor.*)

Un antiguo amigo nuestro, trabajador veterano de una de las grandes haciendas de café, con el cual solemos departir de cuando en cuando, nos hizo una de estas noches de lluvia la narración que a continuación reproducimos, ajustándonos lo más fielmente posible al relato. Ofrecemos la reproducción de las emocionantes palabras de aquel buen amigo, a los trabajadores de Costa Rica, por parecernos de interés para todos ellos.

«Entre los instrumentos de trabajo de uso corriente en las haciendas de café, dos de ellos son indispensables en las labores ordinarias: el machete de hoja ancha y curva y la pala metálica. Ya se ve que por sí solas estas herramientas nunca podrían realizar el duro trabajo a que están destinadas. En el laboreo entra otro factor todavía más importante e indispensable, el factor humano, el brazo del hombre, del peón asalariado y fuerte, como instrumento también de trabajo. Es, pues, por virtud del esfuerzo del hombre, del peón humilde, que las haciendas de café rinden abundantes cosechas anuales a sus propietarios, las que luego el mismo peón y algunos de sus familiares se encargan de recoger y de beneficiar metódicamente en los patios de la hacienda, para la exportación a los mercados de Norte América y de Europa, en donde nuestro café alcanza magníficos precios. Se deduce de lo anterior, que sin el esfuerzo sostenido de los peones a lo largo de todo el año, las grandes haciendas de café serían solamente terrenos incultos, montaña o charrales, y que entonces a nadie aprovecharía la fertilidad lujuriosa de nuestro suelo.

»Le decía que la pala metálica manejada por el trabajador del campo, por el peón, es una de las principales herramientas en las labores de asistencia de los cafetales. En esto hay que hacer ciertas diferencias, porque estas palas pueden ser de tres tamaños: las pequeñas, que son las llamadas palas carrileras, las medianas y las grandes o de 12 pulgadas. Estas últimas son las preferidas por los hacendados, porque con ser las de mayor superficie, mayor resulta la extensión de tierra alcanzada en el laboreo a cada acometida del trabajador, y mayor el rendimientos del asalariado en beneficio de la economía del propietario del fundo. Por lo demás, para manejar la pala de 12 pulgadas se necesita, como ahora se dice, «ser hombre macho». En camiseta o desnudo el tronco, el peón que trabaja con una de estas palas, al cabo de una hora, se halla como si acabara de salir de un río, empapado de sudor de la cabeza a los pies. Y si el sol quema, el súdor es

aún más copioso, y el trabajador siente que el aliento se le va; pero el pensamiento de la esposa y de los hijos pequeñitos, a quienes hay que sustentar todos los días y a toda costa, infunde nuevos alientos a aquel hombre, y prosigue en la dura, en la heroica tarea. En tanto, en los arbustos de la hacienda gesta, prometedora más aún que el año anterior, la nueva cosecha.

»Así, manejando una pala de 12 pulgadas, bañado en sudor de la cabeza a los pies, bajo los más ardientes rigores del sol, vieron las haciendas de café de Tres Ríos durante años y años, a aquel peón macho para el trabajo que se llamó Marcelino Cedeño.

»Hombre de bien en todo el significado de la expresión, tenía su viviendita allá por el Sur de la iglesia de aquella villa, en los alrededores del rastro municipal. Una esposa diligente y los hijos pequeñitos compartían con él el pan ganado tan duramente. Para el hogar y sólo para el hogar eran sus desvelos, todos sus afanes, su vida. Tenía, además, un culto especial, el de la madre anciana. Y así transcurría regularmente la existencia de aquel buen peón, de la casa al trabajo, de la hacienda al hogar. Todos los días, a las seis de la mañana invariablemente, hiciera el tiempo que hiciera, bajo el sol o la lluvia, los vecinos podían ver salir a Marcelino Cedeño de su puerta, sobre el hombro el saco con el almuerzo preparado desde la víspera por la esposa, más encima la enorme pala, camino de la hacienda. Era considerado por el patrón y por los peones como uno de los mejores trabajadores, cumplido, silencioso y esforzado. El patrón le sonreía las pocas veces que acertaba pasar por donde la cuadrilla, inclinada sobre las avenidas formadas por los cafetos, efectuaba las paleas, las aporcas o las podas. Aquella benévola sonrisa del hacendado éra considerada como una deferencia, como una concesión especial, tal vez como la consagración del servidor que tan bravamente sabía esforzarse por la prosperidad siempre creciente de la hacienda. Así, con una ligera sonrisa, premiaba el propietario del fundo de cuando en cuando el mérito del trabajador excepcional, con una sonrisa de satisfacción...

»Mas un mal día ocurrió algo trágico y fatal en la vida de Marcelino Cedeño. La peonada esparcida en uno de los cuadros de la hacienda inmediata a la carretera, terminaba la palea en aquella sección para enseguida pasar a la siguiente, atravesando el potrero. A lo largo de la avenida en donde Marcelino estaba trabajando, se advertía un rastro de sangre que, absorbida por la tierra, daba a ésta un tono aún más negro. El peón se había herido la planta del pie, casi sin sentirlo en el primer momento, al asentarla sobre el filo de un vidrio medio oculto en el suelo. Por toda precaución el trabajador se había aplicado un parche de tierra húmeda, ciñendo la herida después con una cáscara de plátano seca. Cuando la ronda atravesó el potrero, Marcelino iba claudicando del pié izquierdo; así y todo, siguió trabajando; no era de perder por tan poca cosa medio jornal que le hubiera sido rebajado, porque eso era lo corriente en casos semejantes. Como hacia las dos de la tarde caía una lluvia fuerte, la jornada del día había terminado y los peones se retiraron a sus casas. Durante el camino, Marcelino claudicaba del pie izquierdo, sin embargo bromeaba con los compañeros. Ya en su casa, la mujer le hizo algunas curas con remedios caseros. No sentía el menor apetito como para ir a la mesa y prefirió acostarse. Por la noche se sintió acalenturado y con fuerte dolor en la herida y en toda la pierna; hacia la madrugada los dolores y la calentura eran ya más fuertes, y no pudo tenerse en pie cuando en la mañana lo intentó para volver al trabajo. La pala fué colgada en un clavo en la parte alta de la pared del cuarto. El médico del pueblo acudió al llamado que se le hiciera y aconsejó el traslado inmediato del paciente al hospital, en donde fué alojado en un rincón oscuro, como unidad anónima sin padrinos que lo recomendasen. El estado del enfermo requería una intervención quirúrgica pronta, y en la mañana del día siguiente un cirujano le amputaba la pierna. Su permanencia en el hospital fué larga y penosa. El rostro del enfermo adquirió la palidez de la cera. El, antes con aquella cara quemada por el sol, en la que asomaba una sangre fuerte, era ahora otra persona, completamente distinta del hombre de pocos días antes. Amarilla la cara y apagada la voz, los amigos que fueron a verlo al hospital, apenas si lograban reconocerlo fijándose en aquellos ojos grandes, antes llenos de luz, ahora casi inexpresivos, abatidos por la desesperanza y por la pesadumbre mas amarga y más cruel. Al tiempo le dieron el alta y regresó al pueblo. Personas piadosas le habían proporcionado una muleta en qué apoyarse en su marcha lenta. Encontró que su hogar era como un sollozo interminable de dolor y de miseria, y contrajo el entrecejo con toda fuerza para no llorar también él. Si no, ¿en dónde estaba el hombre de aquella casa?

»En la hacienda las cosas seguían como antes, allí nada había pasado, un peón menos que pronto fué repuesto con otro peón fuerte, la insignificante pieza de una máquina que de pronto se ha dañado y se tira, el ladrillo de una pared que se ha desprendido en pedazos y se cambia por otra de más consistencia. La maquina seguirá su marcha regular sin interrupción, repuesta la pieza dañada; la pared continuará siempre en pie. Ni el peón mutilado, ni la pieza averiada de la máquina, ni el ladrillo desmoronado, ninguna de esas cosas inútiles hacen falta para que las cosas sigan como antes.

»¿Y en el hogar del buen peón reducido ahora a simple despojo humano? Ah!, allí sí, allí todo ha cambiado terriblemente. La pobreza extrema de antes convertida en miseria extrema. La esposa finge de cuando en cuando secar el sudor de su frente al enjugar el silencio mortal de una lágrima; el pobre trabajador mutilado, cada vez más pálido, más consumidas las pupilas de aquellos grandes ojos oscuros, como extraviados ahora en un limbo infinito de tristeza y de angustia. Lo último que les quedaba por vender para contar con algún recurso en aquel tumulto de necesidades asediantes, era aquella pala de 12 pulgadas, pendiente de un clavo como una muda interrogación a la vida. El trabajador no había querido deshacerse sin resistencia de aquella compañera de trabajo, no podía resignarse a la idea de separarse de su pala ya para siempre; siempre conservaba la vana esperanza de que, andando el tiempo, algún día podría volver al trabajo de la hacienda: Recordaba aquella ligera

sonrisa de satisfacción con que el patrón lo había distinguido algunas veces, recordaba el aroma embriagador de los jazmines de los cafetos después de los primeros aguaceros del mes de mayo, el olor siempre nuevo de la tierra mojada con las primeras lluvias del año, las caras familiares y amigas de todos sus compañeros de trabajo y el rumor tumultuoso de enjambre de abejas activas producido por las veinte o treinta palas al rozar la tierra, entre las cuales una era la suya, quizá la manejada con más brío, ¿pues no se lo había dicho así bien claro la sonrisa de satisfacción del amo de la hacienda? Recordaba todo eso y sentía fuertes impulsos de echar a correr camino de la hacienda con su pala al hombro. Al cabo la amarga realidad se impuso severamente en su ánimo y no tuvo más remedio que acceder a la venta de la pala. Cerrado el trato con otro de los peones, un domingo por la mañana el comprador cargó con la herramienta. Marcelino lo vió salir, y en esta otra ocasión también contrajo el entrecejo con firmeza para no llorar.

»Días después el paciente pudo salir a tomar un corto paseo por los alrededores. Los vecinos pudieron desde entonces ver ya casi todas las mañanas al viejo peón mutilado tomando el sol sobre una piedra grande que en una de las esquinas de la plaza del pueblo servía a los transeuntes para descansar. En una ocasión acertaron a pasar por aquel sitio los antiguos compañeros de trabajo, enfilados, presurosos, con sus palas al hombro. Todos tuvieron un adiós cariñoso al bravo trabajador de otros días en la misma hacienda. El desfile de hombres se perdió a distancia, y cuando Marcelino, que los había seguido con la mirada hasta el final, los perdió de vista, entonces sí no pudo ya contener su emoción, y dos gruesas lágrimas bajaron lentas por aquel rostro amarillo, como dos hermanas gemelas arrojadas por el destino por un campo de desolación, hasta perderse en el cuello palpitante de aquel hombre vencido por la injusticia y el dolor. Pero tiempo después, el hombre descansaba en la paz anhelada del camposanto.»

El amigo que nos hizo el relato que estamos tratando de reproducir, concluyó así:

«Sí, todo y mayores injusticias pudieron verse en Costa Rica hace algún tiempo. No ahora en los trabajadores que se hallan amparados contra toda esa clase de accidentes en que, si ocurren, la víctima tiene amplio derecho a que se le reciba inmediatamente como a criatura de Dios en el Hospital del Seguro Social, a cuyo sostenimiento el peón accidentado y el patrón están en la obligación de contribuir equitativamente, y a que se le trate allí, ya no como a perro apestado, sino como a persona decente, merecedora de respeto y de consideración, a que se le ofrezcan todos los recursos de que se dispone en los mejores hospitales para cada caso en especial, en una sala limpia y ventilada, con el abrigo y la alimentación que necesita hasta salir de allí curado del todo; su familia no queda, como antes sucedía, expuesta a la miseria por causa del accidente, porque la Caja de Seguro Social, que cuenta con un fondo acumulado para esos fines, reconoce medio salario al trabajador imposibilitado para el trabajo; asimismo los trabajadores del campo tienen derecho a gozar de los días feriados pagados, y de unas cortas vacaciones anuales pagadas también, al igual que los empleados del Gobierno y de los Bancos. Todo lo anterior, el derecho al seguro social, el medio salario en casos de enfermedad o de accidente, los días feriados y las vacaciones pagados, se encuentra establecido en forma de mandato en el Código del Trabajo, inspirado en las Encíclicas de los Papas. También establece ese Código y lo ordena, el reconocimiento de una indemnización al trabajador que un patrón quiera echar a la calle sin justa causa, es decir, por antojo o capricho. A esto último llama la ley pago por concepto de cesantía y preaviso. De modo que por virtud del Código de Trabajo, el peón no es ya aquella bestia de carga o esclavo que fué durante largos años; por virtud de ese Código, el peón merece ahora un trato completamente distinto al que antes recibía, el de persona decente, si bien con deberes que acatar también con derechos claros que lo protegen y amparan en toda circunstancia legal, con lo cual el peón ha merecido se le reconozca al fin su dignidad de criatura humana, esa dignidad humana de que a menudo tratan los libros y los periódicos y que hasta ahora no va resultando ser una hermosa realidad para los trabajadores, nueva situación con la cual antes el trabajador ni siquiera llegó a soñar.

»Cuán distinta la suerte de aquel buen trabajador de Tres Ríos si el Código del Trabajo hubiera existido ya en aquellos días negros!

»No sé bien si todos los trabajadores del país se habrán dado cuenta exacta del valor que para ellos tiene el Código del Trabajo, en cuyos artículos figuran penas severas para quienes quieran burlar alguna de sus disposiciones. Pero sí estoy seguro de que cuando la masa trabajadora haya comprendido que debido a ese Código su condición moral, social y económica ha sido elevada a muchos pies de altura sobre su antigua condición de esclavos y de bestias de carga, no habrá uno solo de esos hombres que no trate por todos los medios a su alcance de que se mantenga y se fortalezca el Código, y de defenderlo contra las acechanzas que ponen en juego, para desterrarlo de la legislación costarricense, los patrones desprovistos de sentimientos humanitarios. El Código del Trabajo no debe perecer, no puede perecer, como lo quisieran las sanguijuelas sociales que viven de la sangre del pueblo y contra el pueblo. Ese Código es la salvaguarda de los hogares humildes, contra la miseria y la injusticia. Y los trabajadores leales a su clase deben permanecer alertas, vigilantes, por ellos mismos y por sus hijos. El Código del Trabajo debe mantenerse en toda su integridad, ahora y siempre!...»

Así habló aquel amigo, trabajador de una de las grandes haciendas de café.

JUAN POBRE

Costa Rica, Agosto de 1947.

CRONICA LITERARIA

Por Ricardo A. Latchman

(De *La Nación* de Santiago de Chile.)

Manglar, por Joaquín Gutiérrez (Nascimento. Santiago. 1947.)

La literatura centroamericana, mal conocida entre nosotros, empieza a difundirse por el esfuerzo de ciertas editoriales. La novela nicaragüense *Cosmapa*, de José Román Orozco, recomendada por el escritor Enrique Amorim, fué editada en Buenos Aires en 1946; los *Cuentos Panameños de la Ciudad y del Campo*, de Ignacio de J. Valdés recogen costumbres y tradiciones de uno de los países más ignorados en su evolución literaria; y, por último, llegan otras muestras de la producción intelectual de ese originalísimo grupo de naciones, entre las cuales Costa Rica exhibe obras coma *Una burbuja en el limbo*, de Fabián Dobles, *El valle nublado*, de Abelardo Bonilla, *Mamita Yunai*, de Carlos Luis Fallas, y ahora la novela *Manglar*, de Joaquín Gutiérrez radicado en Chile y vinculado activamente a la Editorial Nascimento.

Estamos ante un hombre de letras que sabe su oficio; la narración no se desliza en los planos familiares del costumbrismo, sin perder tampoco el contacto con la realidad de un suelo dominado por una rica naturaleza de insólito esplendor. En *Manglar* el idioma del descriptor es de una fluidez esencial, sin arriscada superficie ni excesiva sensualidad. Las literaturas tropicales suelen sofocar a los personajes en su manigua de imágenes, de tropos emanantes de la geografía, del clima, de la flora y de la fauna. Joaquín Gutiérrez se interesa por lo psicológico y también por lo social, sin extender su trama con exceso. La sobriedad de su estilo (esquemático a través de su técnica modernísima) está regida por una mano de artista, que busca líneas simples, sin lograr todavía la unidad de lo acabado. El escritor siente la atmósfera fresca de un río, y en el primer capítulo de *Manglar* ya nos ubica en el reino de los colores, de los sonidos, de los susurros tropicales. El trópico es un vasto friso de paisajes, que hemos recorrido en toda clase de vehículos, en penetrante sondeo y en atisbo continuo. No hay una dimensión total del trópico, sino una sucesión de perspectivas, de climas, desde el infernal de la selva hasta el ahogante de la costa, con zonas intermedias de ríos calurosos, de tierras calientes, de mesetas templadas, de golfos ardientes, de valles refrigerados, de oasis incrustados en desiertos o parameras. La región de los manglares, reflejada en el libro de Gutiérrez, está constituída por un dédalo de canales «que se escurren bajo las raíces retorcidas de los mangles». Tocamos pronto, para situarnos geográficamente, la luz descarnada e intensa del Golfo de Nicoya. Más adelante se sitúa el relato en Guanacaste: «polvo bajo el sol y barro en la sombra; los grandes calmanes, príncipes de los pocerones; el paludismo con su espectro verdoso». (Página 46). Desde José Manuel de Labardén, en su *Oda al majestuoso río Paraná*, y el Padre José Gumilla, en *El Orinoco Ilustrado*, hasta Rómulo Gallegos, en *Canaima*, encontramos excelentes descripciones de este monstruo. El poeta colonial dice que «el Paraná va en carro de nácar tirado por caimanes verde oro», y el jesuita valenciano lo llama «dragón de cuatro pies horribles, espantoso en tierra y formidable en el agua». Joaquín Gutiérrez se ha familiarizado con un medio más parecido al reflejadoen *Canaima*, novela que representa un mundo aventurero colocado sobre la teoría de los ríos americanos, con caños dormidos entre los verdes manglares. Lo que en el gran novelista venezolano es sinfonía cósmica, evocación de una peregrina e indomada naturaleza, en Gutiérrez resulta más bien una sucesión de estampas y miniaturas, deliberadamente ceñidas a un argumento o trama de amor: la vida de una maestra de Costa Rica desterrada en un medio rural, junto a individuos toscos, a un cura vulgarísimo y espiador de sus inquietudes eróticas, a mujeres primitivas y niños paupérrimos del agro vecino. La humedad tropical satura el ambiente, transforma a los pobladores y diseña la melancolía en el alma de la profesora. Los protagonistas viven dominados por las fuerzas físicas; lo telúrico tiene en el trópico un poderoso aliento que conduce a la acción o establece una pausa, propicia a lo muelle, a la turbulencia de los sentidos, a la apetencia rabiosa o simplemente a la laxitud espiritual. «Un día el viento se aletargó de súbito, se paralizó denso y pesado. Ni una brizna se agitaba en toda la inmensidad de la pampa. Sólo al norte un nubarrón comenzó a encapotarse amenazador. El vapor del sol, calcinante sobre los lomos de la tierra, se vió endulzado por aquella sombra protectora que se abrió de improviso y comenzó a llover a chuzos, rabiosamente. La tierra bebía ávida la humedad, y un olor a pan horneado flotó sobre la comarca. Pronto apareció el moho, en los zapatos guardados, en los rincones, hasta en los pedazos de pan de la víspera. Su verde contacto se expandía bajo los dedos multiplicando sus motas en la obscuridad». (Página 91.)

El novelista ha combinado con sutileza en *Manglar* lo descriptivo y lo psicológico. Sorprende su tendencia a escaparse de la simple realidad con métodos sobrerrealistas o superrealistas, como los evidenciados en el capítulo XXVI. En él la utilización de sueños, de inmersiones en el subconsciente, traen el recuerdo de los procedimientos de los más audaces novelistas contemporáneos. No todo está envuelto en el primer plano del relato: quedan todavía un segundo y un tercero, que se insinúan, en traslúcidas olas de recuerdos, hasta dar

(Concluye en la pág. 169)



Joaquín Gutiérrez

*

ESTOS VERSOS...

Guatemala, 20 de Junio de 1947.

Señor don Joaquín García Monge,
Director del *Repertorio Americano*
San José de Costa Rica.

Admirado amigo:

La prensa de anoche trae la noticia de la muerte de nuestro mutuo y querido amigo Max Jiménez. Yo tengo la esperanza de que no sea cierto. No sé por qué no puedo creerlo. La noticia fué tomada de prensa sudamericana y no de Costa Rica y a eso me atengo para concebir esa esperanza...

... de todos modos mi sincera pena, mi cariño para ese gran amigo, han hecho que a su memoria escriba estos versos que le ruego publicar en el *Repertorio* que él quiso tanto:

CATORCE REGLAS PARA PERDER LA VIDA

A la memoria de Max Jiménez

Entregar el cuerpo por salvar el alma,
Dejar de ser hombre para ser artista,
En lugar del oro preferir la palma,
Perder el diamante por pulir la arista...

Ser Gigante bueno para los enanos,
Hacer que la sangre se convierta en vino,
Hacia las serpientes extender las manos.
Dar pan, casa y vino al mal peregrino...

Sin comer el pan convertirlo en migas,
Volvernos de miel entre las hormigas,
Buscar en la noche humo de llorar...

Llevar en la frente corona de espinas,
Perdonar a Judas, y en las cuatro esquinas
del mundo, buscar a la Magdalena
... y amar ....

Carlos Girón Cerna

PROFECIA Y TESTAMENTO DE RODO

(De *Marcha*. Montevideo, 8 de agosto de 1947.)

RODÓ, traicionado más que olvidado por generaciones que se formaron a la sombra de su pensamiento, tuvo del inmediato porvenir de nuestros países una clarovidente conciencia que en las horas difíciles de hoy reconforta e ilumina.

En setiembre de 1914, desencadenada la primera guerra mundial, escribía:

«Un imperialismo nacional que fuese el vencedor del resto de Europa, y por tanto sin límites que lo contuviese, significaría para el inmediato porvenir de estos pueblos una amenaza tanto más cierta y tanto más considerable cuanto que vendría a favorecer la acción de aquel otro imperialismo americano, que hallaría en la común conciencia del peligro la ocasión de afirmar sin reparos su escudo protector».

Y en diciembre de 1916, pocos meses antes de morir, dirigiendo desde Roma un mensaje de fin de año a sus «dulces tierras de Occidente», en palabras que recogían una convicción manifiesta en toda su obra sobre la futura unidad política de la América Latina, formuló así lo que bien merece ser llamado su testamento intelectual:

«Si se me preguntara cuál es, en la presente hora, la consigna que nos viene de lo alto; si una voluntad juvenil se me dirigiera para que le indicase la obra en que podría su acción ser más fecunda, su esfuerzo más prometedor de gloria y de bien, contestaría:—Formar el sentimiento hispano-americano; propender a arraigar en la conciencia de nuestros pueblos la idea de América nuestra, como fuerza común, como alma invisible, como patria única. Todo el porvenir está virtualmente en esa obra. Y todo lo que, en la interpretación de nuestro pasado, al descifrar la historia y distinguirla, en las orientaciones del presente, política internacional, espíritu de la educación, tienda de alguna manera a contrariar esa obra, o a retardar su definitivo cumplimiento, será error y germen de males; todo lo que tienda a favorecerla y avivarla, será infalible y eficiente verdad».



JOSÉ ENRIQUE RODÓ
(Retrato de *Vázquez Díaz*. 1911.)

HOMENAJE AL PENSADOR AMERICANO JOSE ENRIQUE RODO

(En el *Rep. Amer.*)

El ilustre escritor y parlamentario cubano doctor Pastor del Río, director de la revista AMÉRICA de La Habana, en carta de 25 de noviembre de 1946, llegada a nuestras manos en los primeros días de febrero del año en curso, nos pide con la gentileza que le es peculiar, que le hagamos conocer nuestra opinión—sintética o amplia—sobre las preguntas formuladas en el artículo de la página de honor de AMÉRICA, artículo en el cual se esboza el proyecto de homenaje colectivo de las repúblicas americanas a la memoria del preclaro pensador, sociólogo, crítico y estilista José Enrique Rodó, gloria legítima no sólo del Urugay sino de la cultura continental.

La primera pregunta dice: *¿Sus libros admirables ejercen aún en nuestras juventudes aquella decisiva influencia y aquel poder subyugante que marcaba rumbos y constituía verdaderos estados de opinión en los días de su excelso magisterio?*

Los dos más bellos libros de Rodó, *Ariel* y *Motivos de Proteo*, tuvieron en el comienzo del presente siglo, el mérito de promover una justa inquietud y algazara entre las juventudes de todos los países latinoamericanos. Mas, quien hizo conocer a Rodó como al arquetipo de las letras de esta parte del mundo, fué el eminente polígrafo Rafael Altamira, quien dijo con mucha razón, que *Ariel* hizo subir rápidamente a Rodó a la categoría de un valor universal en el mundo más elevado del espíritu, añadiendo que tan singular libro sigue triunfante su camino de enseñanza y de apostolado espiritual en el mundo hispano y que edición tras edición, van sembrando sus ejemplares la semilla de ideas y de sentimientos en que tan ricas son aquellas admirables páginas.

En verdad que *Ariel*, como libro evangelizador, hizo época en los países de habla española. La profundidad de sus pensamientos y la forma novedosa en que ellos fueron expuestos, constituyeron un atractivo para las almas jóvenes que porfinencontraron a un verdadero sembrador de ideales, cuyas inquietudes y anhelos guardaban estrecha similitud con las ansias de renovación que estrujaba sus corazones. Por largo tiempo Rodó fué el autor leído y releído en las Universidades, cenáculos, centros de especulaciones intelectuales y aun en muchos comités políticos. Los libros *Ariel* y *Motivos de Proteo* particularmente, eran ávidamente buscados. Recordamos que en la ciudad de Potosí, a donde llegaban a lo sumo tres o cuatro ejemplares de los libros del gran pensador uruguayo, eran pasados de mano en mano, para después concitar encendidas discusiones y polémicas interminables. Ya entonces nos cupo distinguir y diferenciar a los sanchos que pensaban con las vísceras y para quienes la vida tenía una finalidad absolutamente utilitarista, y ver asimismo, que pocos, muy pocos eran los jóvenes que aplaudían y asimilaban las prédicas admonitorias de Rodó. Ya entonces pensamos dentro de nuestro fuero interno: si Ariel es la razón y el sentimiento superior, si Ariel significa idealidad y orden en la vida diaria, noble aspiración en el pensamiento, desinterés en moral, buen gusto en el arte, heroísmo en la acción y delicadeza en las costumbres, seamos discípulos de Ariel y sigámosle.

Si bien, los libros de Rodó, tuvieron su edad de oro y el mérito de emocionar y cautivar las juventudes de América, hoy, en que un materialismo sin precedente ahoga los espíritus, hoy en que los grandes ideales sufren un eclipse total, hoy en que los pueblos sufren una crisis de desintegración moral, hoy en que la lealtad, la altivez y la honestidad son palabras sin sentido y de difícil aclimatación, hoy en que las juventudes buscan ansiosas el camino más corto para enriquecerse, hoy en que se lucha a brazo partido por lograr situaciones y éxitos pasajeros y en que los hombres de esta o de aquella latitud sólo anhelan satisfacer sus apetitos, las sabias y profundas enseñanzas

del gran idealista Rodó, constituyen solamente un recuerdo muy remoto, aunque ciertamente grato. Las juventudes de la época presente no requieren ya idealismos que les adormezcan. En este período álgido llamado de transición, o quiza de preparación para una nueva guerra mundial, las juventudes leen con singular preferencia *El Príncipe* de Maquiavelo y se solazan al devorar los libros de Lenín, de Marx, de Trotzky, en cuyas páginas creen encontrar el secreto para conducir al mundo hacia su felicidad...

—

La segunda pregunta dice: *¿ El proceso histórico y la evolución político-social de nuestras nacionalidades han comprobado la amplitud de su visión y la certeza de sus afirmaciones?*

Dentro del proceso borrascoso de las naciones latinoamericanas, los ideales propugnados y propagados por Rodó, ideales que tenían por norma dignificar la existencia humana, dar orientaciones certeras para alcanzar la perfección anhelada se adentraron preferentemente en el alma de las élites intelectuales, tocando a lo sumo la periferia de las multitudes amorfas. Por ello, la acción y el verbo apostólico del egregio pensador americano pasan todavía inadvertidos para el común de las gentes que poco o nada conocen de su labor de artista y de orientador.

Sin embargo, lógico es afirmar que la palabra de Rodó tuvo la virtud de conmover y levantar espíritus y señalar horizontes plenos de luz donde pueden purificarse aquellos hombres que habíanse apartado del camino de la verdad y del amor.

Cuán satisfactorio es releer las apostólicas enseñanzas de Rodó y practicarlas en las luchas del diario vivir. Sus palabras son siempre de constante actualidad. Oigámosle cuando dice: «Juventud, sangre y músculo y nervio del porvenir. Quiero considerarla personificada en vosotros. Os hablo ahora figurándome que sois los destinados a guiar a los demás en los combates por la causa del espíritu. La perseverancia de vuestro esfuerzo debe identificarse en vuestra intimidad con la certeza del triunfo. No desmayéis en predicar el Evangelio de la delicadeza a los escitas, el Evangelio de la inteligencia a los beocios, el Evangelio del desinterés a los fenicios. Basta que el pensamiento insista en *ser*—en demostrar que existe, con la demostración que daba Diógenes del movimiento— para que su dilatación sea ineluctable y para que su triunfo sea seguro. Todo el que se consagre a propagar y defender, en la América contemporánea, un ideal desinteresado del espíritu,—arte, ciencia, moral, sinceridad religiosa, política de ideas,—debe educar su voluntad en el culto perseverante del porvenir. El pasado perteneció todo entero al brazo que combate; el presente pertenece, casi por completo también, al tosco brazo que nivela y construye; el porvenir—un porvenir tanto más cercano cuanto más enérgicos sean la voluntad y el pensamiento de los que le ansían—ofrecerá, para el desenvolvimiento de superiores facultades del alma, la estabilidad, el escenario y el ambiente »

—

La tercera pregunta dice: *¿ Qué fuerza persuasiva produce todavía su pensamiento en las conciencias frente al realismo contemporáneo?*

Habíamos afirmado en líneas anteriores, que los medulares libros de Rodó en los cuales están luminosamente plasmados sus inmutables pensamientos, hicieron época en los países de la América latina. Empero, preciso es pensar, que, cuando Rodó actuaba en política partidista y era diputado liberal en el parlamento uruguayo, las doctrinas y principios comunistas y socialistas hoy en boga, no tomaron aún el incremento que han alcanzado en esta hora en todos los meridianos del continente. De ahí que el pensamiento de Rodó no tenga ya esa fuerza persuasiva, ese poder subyugante, ese quid divinum sugestionador que antes de ahora incitaba a la meditación y al pensar profundo. El realismo contemporáneo que todo lo avasalla, que pisa y pasa sobre todo brote de idealismo, incide de manera indudable y fatal para que la voz antes sonora del más preclaro pensador de América, vaya apagándose en las reconditeces de la indiferencia, Soló de tarde en tarde, la prensa anuncia en intrascendentes crónicas, que todavía hay pueblos que no olvidan a quienes contribuyeron a su cultura y que se dan el lujo de erigir un monumento o siquiera un sencillo busto en homenaje ya de un Rodó, ya de un Martí, ya de un Darío, ya de un Ruy Barbosa o ya de un Lugones,

Por lo que a nosotros toca, confesamos con satisfacción grata que pocos libros han dejado huellas tan profundas en nuestro espíritu como los del gran Rodó. *El mirador de Próspero*, *Ariel*, *Motivos de Proteo* y *Liberalismo y Jacobismo*, son dentro de nuestra agitada existencia, los bálsamos que tonifican nuestro ser. No olvidaremos jamás aquella valiente, vibrante y brillante defensa que hiciera el maestro, cuando la Comisión de Caridad y Beneficencia Pública de Montevideo resolviera retirar las efigies de Cristo de la cabecera de los enfermos de un hospital dado, allá por el año 1906 «Hablemos con sinceridad—prorrumpe Rodó —pensemos con sinceridad. Ningún sentimiento, absolutamente ningún sentimiento respetable se ofende con la presencia de una imagen de Cristo en las salas de una casa de caridad. El creyente cristiano verá en ella la imagen de su Dios, y en las angustias del sufrimiento físico levantará a ella su espíritu. Los que no creemos en tal divinidad, veremos sencillamente la imagen del más grande y puro modelo de amor y abnegación humana, glorificado donde es más oportuna esa glorificación: en el monumento vivo de su doctrina y de su ejemplo; a lo que debe agregarse todavía que ninguna depresión y ningún mal, y sí muy dignificadoras influencias, podrá recibir el espíritu del enfermo cuyos ojos tropiecen con la efigie del Maestro sublime por quien el beneficio que recibe se le aparecerá, no como una obligación que se le debe en nombre de una ley de amor, y por quien, al volver al tráfico del mundo, llevará acaso consigo una sugestión persistente que le levante alguna vez sobre las miserias del egoísmo y sobre las brutalidades de la sensualidad y de la fuerza, hablándole de la piedad para el caído, del perdón para el culpado, de la generosidad con el débil, de la esperanza de justicia que alienta el corazón de los hombres y de la igualdad fraternal que los nivela por lo alto. ¿Se dirá que lo que se expulsa es el signo religioso, el *icono* la imagen del dios, y no la imagen del grande hombre sacrificado por amor de sus semejantes? La distinción es arbitraria y casuística. Un Crucifijo sólo será signo religioso para quien crea en la divinidad de aquel a quien en él representa. El que lo mire con los ojos de la razón—y sin las nubes de un odio que sería inconcebible, por lo absurdo—no tiene por qué ver en él otra cosa que la representación de un varón sublime, del más alto Maestro de la humanidad, figurado en el momento del martirio con que selló su apostolado y su gloria. Sólo una consideración fanática — en sentido opuesto y mil veces menos tolerable que la de los fanáticos creyentes—podría ver en el crucifijo, *per se*, un signo abominable y nefando, donde haya algo capaz de sublevar la conciencia de un hombre libre y de enconar las angustias del enfermo que se revuelve en el lecho del dolor».

La palabra cálida y persuasiva del pensador y literato Rodó, fué traducida en acciones fecundas y renovadoras. Rodó el hombre de las luminosas cerebraciones, vivió y murió como viven y mueren los conductores de élites intelectuales. Alguien ha dicho ya «Nunca más premiosamente que ahora, en estas horas de angustia porque pasa el mundo, la necesidad de levantar los corazones, de serenar los espíritus; y nada más eficaz, más hondo y más bello para ese fin que difundir la obra de Rodó, con cuyo nombre y con cuya obra Plutarco habría magnificado sus Vidas Paralelas, Carlyle ennoblecido las páginas de sus Héroes y Emerson intensificado la acción de sus hombres representativos».

—

Como un justo reconocimiento a la destacada labor literaria y filosófica del eminente intelectual José Enrique Rodó, que a fuer de artista, también fué un gran demócrata y un eximio parlamentario, el Congreso de Chile, le erigió un sencillo pero muy significativo monumento, que adorna uno de los principales paseos públicos de Santiago. Con estos antecedentes, opinamos porque es ya llegado el momento de llevar a la realidad la feliz iniciativa del doctor Pastor del Río, de erigirle al maestro de las juventudes hispanoamericanas una estatua que simbolice en forma perpetua al reconocimiento de las naciones de América al egregio polígrafo que marcó rumbos a la intelectualidad del continente. La estatua se la ubicaría en Montevideo y sería costeada por el gobierno de cada nación en forma proporcional.

Con el fin de que tan laudable iniciativa cristalizara en un hecho concreto, el doctor del Río, presentó a la Cámara de Repretantes de Cuba, su patria, un proyecto de ley por el cual se vota diez mil pesos como aporte de la República al monumento que glorifique a Rodó. El Congreso aprobó la ley y acordó invitar a los demás gobiernos del continente, para que procediesen en forma igual.

La resolución del parlamento cubano que encierra en sí un noble propósito, cual es, el de eternizar en mármol la austera personalidad de José Enrique Rodó, el dilecto maestro de las altivas y valientes juventudes de América, debe hacerse efectiva dentro del menor tiempo posible, porque con ello, los pueblos latinoamericanos harán ver que en esta parte del mundo, se rinde un merecido culto a aquel hombre que hizo de su vida un apostolado y de su palabra una bandera.

LUIS TERÁN GÓMEZ

La Paz, Bolivia.

TRES POEMAS SIN NOMBRE

(En el *Rep. Amer.*)

I

Y..., en la soledad tenebrosa
del presente, mis manos, ramas
del árbol de la desesperación
se agitan y se elevan
por entre espacio sin límites
y te buscan...,
te buscan incesantemente...
Y..., la tarde, y el cansancio
de las cosas, ya idas, ya imposibles
va adentrándose entre hojas y ramas...
Y..., la desesperación de no encontrarte,
entre espacio ambiente,
va lentamente bajando las escuálidas ramas
a lo largo del tronco
ya carcomido por tu eterna ausencia.
Y..., he quedado, en esta tarde
con el angelus de tu ausencia entre mi alma...,
implorando encontrarte una vez más
en el sendero de mi vida.

II

PRESENTE *donde las horas*
siguen su incesante marcha
por sobre el tiempo...., infinito!...
Presente donde las horas
de tu ausencia
dejan rastros en mi alma
de tristeza . . . , infinita! . . .
He querido en esta tarde de tu lejanía
borrar de mis pupilas
la huella de tu rostro familiar
pero el ocaso del día...
la suavidad del ambiente...
la brisa de la lluvia meciendo en vaivén
filas de árboles..., y el perfume de la tierra
han saturado fuertemente
mi alma de tu presencia
y no he podido arrancarte
ya de mi vida.

III

ALGÚN *amanecer he de llegar*
a ti, con mis manos cuajadas de flores
para engarsar tus cabellos
y coronar tu frente de suavidad-perfume.
Algún mediodía he de llegar
a ti, con mi cántaro de agua cristalina
para acallar tu sed.
Algún anochecer he de llegar
a ti, con el cansancio de la tarde
ante mis somnolientas pupilas,
buscando tu refugio...
Amado que siempre espero,
esta eterna fuga de tu presencia
ha bañado con la blanca arena
del tiempo, mis cabellos . . .
Pero por sobre el viacrucis del tiempo
distancia, aun espero un amanecer
mediodía—anochecer ante cuya presencia
renazca todo el optimismo de mi alma.

ELOY BERNAL

San Salvador, agosto de 1947.

NOTA.—Ni es Eloy, ni es Bernal. Es una simpática e inteligente Universitario que oculta su nombre y apellido. Estudia Medicina en la Universidad de El Salvador. ¡Bienvenida!

CARTA ABIERTA A JOAQUIN GUTIERREZ

Por LUIS SÁNCHEZ LATORRE

(De *Las Ultimas Noticias* Santiago de Chile, 20 agosto 1947).

Estimado compañero:

No he podido vencer la tentación de dedicarle algunas líneas, después de haber meditado y madurado, en integridad, su libro, el que a la postre resulta un inolvidable documento literario. Créame que él cayó en mis manos a guisa de inesperada bendición. Por lo mismo, al no contar con mayores antecedentes de su autor, no había ni buenas ni malas intenciones de mi parte cuando comenzaba a hojearlo. Hoy, lamento dos cosas: primero, que en mi patria no se conceda un premio al libro más extraño publicado en estos lares a través de los últimos tres años, y, en seguida, que usted no sea un representante de las letras chilenas. Esto, de corazón.

Su novela, insisto, es lo más extraño que he leído por estos tiempos ebrios de prosaicas urgencias. Con elementos de sutil simplicidad ha urdido usted, un mensaje novelesco de primera mano. Lamento profundamente su extranjería, porque ella priva a mis compatriotas de una severa lección de constancia y amor al oficio, dada por un escritor nacional. Cuando pienso en cuestiones tan «abstractas» como el amor y la constancia, no dejo de asociarlas con aquello que sólo unos cuantos elegidos llaman «dignidad».

Comprendiendo mejor que nadie la vastedad de su cultura, me atrevo a sugerirle que usted ha entendido a las mil maravillas ese proceso de sedimentación que se verifica en todo artista legítimo. Esa rara virtud de saber asimilar; eso que viene a la zaga del talento. Hablo del aprendizaje técnico; de la especialidad, barriente opuesta.

Escoger los preciosos materiales que nos legan los buenos y malos escritores de todas las épocas, no es labor de impávidos. Usted recordará que Joyce jamás ocultó el origen de algunas de sus más caras pecularieda-des. Y no lo hizo porque cualquier venerable ciudadano—simple o compuesto—no hubiera descubierto nada en aquellos curiosos criptogramas que pudieron caer en sus manos.

Hermoso ejemplo de responsabilidad y cariño sincero a la tallando contra cualquiera covocación éste de James Joyce. Usted repite en Chile tal hazaña sin el menor despliegue de aspavientos.

¿Cuál es el producto de su empresa? La obra de arte sabiamente perfilada. Y esto ¿no significa ya andarse codeando con el triunfo? Sí; los merecimientos abundan en demasía, por cuanto usted también nos regala otros variados elementos de su propio adobo. Alguien, más de alguien, se lo recalco, habrá de aprovecharlos sagazmente entre nosotros.

El pensamiento del lector con aspiraciones literarias nada comunes, no se resigna con la primera impresión. Espera el instante inevitable que les ha de permitir saborear a sus anchas una lectura; meditarla; analizarla por doquier; regustarla nuevamente; construirla, destruirla y reconstruirla varias veces; sólo entonces, se hallará en disposición de dictaminar. ¿No cree usted que la mayor parte de los críticos marcha con el pie cambiado? De ahí que yo me considere con derecho para hablarle de su bello libro. Para decirle que he visto en su *Manglar* cosas que han chocado a mi temperamento. Quizá yo no hubiera procedido así (es que hay tanta pericia en ciertas páginas, que imagino otras desmereciéndolas). Pero, aquí viene lo grave: posteriormente he tratado de rememorar las faltas con exactitud y ellas no han aparecido por lado alguno.

¿A qué extraño desequilibrio se debe este fenómeno? ¿Por qué razón sólo tengo el convencimiento desnudo de haber sido testigo de un ejemplo de madurez novelística?

Se me ocurre que así sucede siempre con los grandes libros. Así acaecerá eternamente.

Me aventuro a discurrir que usted en determinados momentos, mientras escribía *Manglar* temió rehusar del monólogo interior. Es claro; Joice, Faulkner, Frank, Graciliano Ramos, y hasta José Revueltas, lo han utilizado. Piense ahora que usted se ha enaltecido esbozándolo. El monólogo interior no es creación exclusiva de estos escritores, ni siquiera de aquel obscuro francés del que se nos habla tanto. Existe desde que el hombre fué capaz de sustentar el más burdo y humilde pensamiento. En nuestros días, la psicoanálisis lo ensaya en la terapéutica del alma con resultados por demás asombrosos.

Yo, para mi alforja, no temo haberlo insinuado en algunas pequeñas producciones. No está lejos el día en que se nos acuse de hallarnos influídos por tal o cual escritor. No importa. La valentía y la veracidad suelen ser un Leviatán para los fariseos.

Antes de terminar quiero decirle que Cecilia me produjo un menudo chasco. Creí verla como la heroína de un gran amor. Creí encontrar en ella una nueva Lady Chatterley, y en Grajales, un inquieto Mellora. No fué así. La decepción no me acobarda. En su intento de ser objetivo, sacrificó el idilio-monumento, que pudo significar el deleite de muchos. Por otra parte, me doy perfecta cuenta de que usted no observa la trama como eje de su asunto; ella se ubica en lugares secundarios. Le preocupaba únicamente pintar la heroica vida de una modesta mujer de clase media y de cierto panorama en su tierra natal, e hizo algo más que todo eso.

Su obra se levanta por sobre el fárrago y la espuma que aún constriñen a una América tumultuosa.

Gracias, muchas gracias, por su valerosa lección, y confío que un día en este mundo, habré de estrechar la mano a un creador de verdad.

L. S. L.

EL LOTO

(En el *Rep. Amer.*)

La flor del loto representa en la mística, en la poesía y en la iconografía orientales un papel que ninguna flor occidental ha alcanzado. El *lys* que es el que más se le aproxima, tiene sin embargo, comparado con el loto búdico, proporciones y proyecciones harto más menguadas.

Se ha dicho que el loto juega en el Budismo un rol análogo al que la cruz desempeña en el Cristianismo; pero, esto tampoco es exacto, pues, la comparación está fuera del plano correspondiente. En la religión de Cristo, la Cruz es algo «sagrado», es más que un símbolo, desborda lo iconográfico para identificarse con lo místico mismo. En el Budismo, en cambio, el loto es un «símbolo» por excelencia, es lo simbólico de la religión, es un emblema, un tópico poético y pictórico, una alegoría, una proyección de lo «sagrado» pero nó lo «sagrado mismo». Un monje budista jamás bendice haciendo el signo del loto, ni la flor ésta jugó papel alguno en la muerte de Sakyamuni. Cierto es que algunas sectas llegan a identificar el loto con la sustancia misma, como sucede en el Tibet, entre sectas tántricas y hermetistas. Acuérdese el «Om mani padme hum», que se traduciría por: «Oh la joya en el *loto!*». Hemos dicho en nuestro libro *El Tibet Misterioso*, cómo hay grupos heréticos y ocultistas, consagrados a prácticas de magia negra y lascivas liturgias que dan a esta frase un sentido casi obsceno al identificar a la flor del loto con la mujer o sacerdotisa de esos ritos.

El verdadero significado de aquella sentencia lamaística es, sin embargo, muy distinta: «En el loto que es el Mundo, existe una Joya: la Doctrina».

Y esta es la correcta acepción del emblema del loto. Sakyamuni, en el sutra *Samyutta*, no sólo identificó a la Doctrina con el símbolo del loto, sino que llegó a identicarse él mismo con la misteriosa flor de los estanques; «Así como el loto nace del fango y del agua y se eleva por encima de ellos y allí permanece sin que el fango ni el agua lo manchen, así yo también he nacido del mundo, he crecido en el mundo y me he elevado por encima de él sin que el mundo me contamine».

Generalmente, Buda es representado sobre una flor de loto o emergiendo del seno de sus pétalos entreabiertos.

La escuela Búdica más difundida en China y Japón es la llamada Secta del Loto (o también Secta de la Tierra Pura) y es una rama del gran tronco Mahayánico, que cree en el «Paraíso del Oeste» y en los *bodhisattwas* o santos o «inmortales» que vuelven del otro mundo para redimir a los hombres. Como se sabe, los grandes dioses del Mahayanismo chino son dos: Kwan Yin y Amithabá o Amitha-Buda, en chino: *O-Mi-To-Fú*. Los fieles de esta secta creen que al pronunciar el sagrado nombre de *Amitabhá*, una planta de loto que es perfectamente semejante a la persona que ha hecho la invocación, crece en el «Estanque Sagrado» del «Paraíso del Oeste»; si la persona es devota y practica buenas acciones, particularmente la caridad, el loto se abre allí en plena floración; pero, si por el contrario, ella es viciosa o irreligiosa, la planta se marchita y muere.

El loto es la flor «par excellence» de los templos, parques y palacios de China. Los lotos de los lagos de Hangchow son una de las maravillas del País del Dragón: hay que ir a verlos, en bote o canoa, al amanecer, cuando las enormes gotas de rocío de la noche están todavía allí, brillando como diamantes al irrumpir la marejada de oro del sol en el lejano horizonte. En Peking, los lotos de los tres lagos de la ciudad, llamados con cierta grandilocuencia, los «Tres Océanos», constituyen la más feérica fiesta para los ojos; de tan tupidos que están llegan a ofrecer una alfombra sólida en la cual las lanchas difícilmente se abren paso.

El loto es la flor mística del Asia, uno de los emblemas grabados bajo la planta del pie de Buda y tema inefable y eterno del arte de Oriente.

JUAN MARÍN

RENUNCIA EJEMPLAR

(*Es copia*)

La Paz, 14 de agosto de 1947.

Al señor
Ministro de Estado en el Despacho
de Relaciones Exteriores y Culto.
Presente.

Señor Ministro:

Ref: Renuncia Consulado General de Nicaragua.

El 2 de mayo último me cupo enviar a la Cancillería de Nicaragua la renuncia que formulé del cargo de cónsul general de aquella nación en Bolivia, por no estar de acuerdo con el cuartelazo militar que derrocó al presidente constitucional doctor Leonardo Argüello y humilló la dignidad democrática en América.

Para satisfacción mía, la renuncia ha sido aceptada mediante el siguiente acuerdo, que para su conocimiento tengo el agrado de transcribirle a usted:

«Ministerio de Relaciones Exteriores.—República de Nicaragua.—Managua D. N.—29 de julio de 1947.—osz N° 858.—Departamento Consular.—Señor Ministro: Para su conocimiento y demás efectos, tengo el gusto de trascribir a usted, el Acuerdo Ejecutivo, que literalmente dice:

«Nº 20.—El Presidente de la República, Acuerda:

«1.°—Aceptar la renuncia que del cargo de Cónsul General ad-honorem de Nicaragua en La Paz, República de Bolivia, ha presentado el señor Luis Terán Gómez.

«2º—Cancelar el nombramiento y letras patentes expedidos a favor del señor Terán Gómez.

«3º—Este acuerdo surtirá sus efectos desde esta fecha.

«Comuníquese, Casa Presidencial, Managua, D. N., veintinueve de julio de mil novecientos cuarenta y siete. — Benjamín LACAYO SACASA. El Secretario de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores, V. M. Román.

«Con toda consideración, me suscribo de usted atento y seguro servidor (firmado) Víctor M. Román.»

Esta oportunidad me es propicia, señor Ministro, para presentarle el homenaje de mi distinguida consideración personal y repetirme como su atento servidor,

(Fdo.) LUIS TERÁN GÓMEZ.

Cop. Min. RR. EE.—Nicaragua
Cuerpo Consular de La Paz.

DIVAGACIONES DE UNA PLUMA ERRANTE

Por Víctor Lorz

(En el *Rep. Amer.*)

Decíamos ayer que la libertad será restringida en la medida que el hombre avance hacia concepciones de progreso cada vez más nobles, más humanas, más finas. En el número 1.006 de este *Repertorio* hube de tocar el tema, y a sus conclusiones me remito. Entendámonos antes. Yo distingo dos tipos de libertad: la *interna*, creer, pensar, querer, voluntad o pensamiento puros, libertad de conciencia esencia del alma humana; y la *externa*, trabajar, moverse, producir... La primera será mantenida íntegra; la segunda será rígidamente controlada y sufrirá recortes con vistas al bien común. Todo esto en el supuesto de que el hombre sea *libre en sí*, o lo que es igual que tenga *libre albedrío*. Porque para ningún espíritu cultivado es un secreto que, este es un tema de Ateneo que, desde que la filosofía existe ha vuelto locos a todos los pensadores y que la *lis* está aún *sub-júdice*. He aquí un esquema de la controversia.

En cuanto a la filosofía especulativa, sea pagana, cristiana o moderna, está en general por la negativa. La filosofía pagana, con base en el *Fátum*; la medieval, con base en la *voluntad divina* y en el *servo arbitrio*; y la moderna con base en la *ley de causalidad*. Aparentemente, el libre albedrío nos está dado *a priori* por el testimonio de la conciencia. Pero esto no pasa de ser una ilusión, porque en la mayoría de los casos se nos escapan las *razones ocultas* del obrar. En cuanto a la escuela penalista positiva de Enrique Ferri, sabemos que está resueltamente por la negativa: todo delincuente lo es *a nativitate*. En el terreno de la ciencia pura, el determinismo está dado por la ley de la evolución, la que se invoca como un postulado *a priori* para salvar la unidad de la ciencia, con base en la unidad absoluta del Universo. Porque si el Universo es *uno* y obedece a una ley, *todo sucede por necesidad*. Así se salva la unidad de la ciencia sin excluír la moral, que es una rama de las ciencias naturales. La moral resultante de esta concepción científica es una moral curiosa, sin moralina trascendente o teológica y sin libre albedrío: es decir, sin responsabilidad.

Por lo tanto: si la libertad es algo que está todavía en la mesa de la discusión, es dudoso que podamos ufanarnos con exceso, de la posesión real de ese *presente de los dioses*. ¿Somos realmente libres, o somos como «una piedra lanzada por mano oculta; una piedra que se mueve y que (supongamos) *sabe* que se mueve, que tiene conciencia de que se mueve, y que al conocer los esfuerzos que hace para el movimiento, se *cree libre de hacerlos o no hacerlos*?» Esta es la imagen que emplea el filósofo sefardita español Espinosa, y que explica la esencia del problema mejor que muchas páginas de filosofía. También nosotros nos movemos, al parecer, en todos los sentidos. Nuestra mente, nuestra voluntad y nuestro cuerpo maniobran, al parecer, libremente por todos los cuadrantes. Pero ¿tenemos las ideas que queremos? ¿somos libres de escoger nuestros deseos, o de escapar a éllos? ¿somos libres para pensar y para querer? ¿o solamente tenemos conciencia *a posteriori* de nuestros pensamientos y deseos, e ignoramos las causas ocultas, subconscientes que los determinan *a priori*? That is the question. Cada cual tiene su *idearium* preconcebido y, al parecer, éste lo manda. En la gran controversia sobre la libertad, no tiene nada de ilógico pronunciarse por la negativa. Hay pruebas de todos los calibres.

En escala individual.—Un niño de buena índole obedece pronto, de buena gana y a la menor insinuación. Y esto, siempre. Otro niño de mala índole obedece tarde, de mala gana, o no obedece. Y esto también siempre.

En escala nacional.—En un país hay dos o diez partidos políticos que se disputan el poder. Una vez hecha por el ciudadano la elección de su candidato, se sabe de antemano todo lo que pasará. El ciudadano *pensará* con la cabeza de su elegido, *querrá* lo que éste quiera y se *moverá* con sus piernas. Y esto, en todo lugar, en todo momento y de un modo automático: por la justicia o contra ella; con la moral o por encima de ella; con el derecho o por el torcido.

En escala internacional.—Dos naciones están en guerra. Los ciudadanos de A forman el cuadro alrededor de A, y los de B en torno a B ¿Razones de razón o de justicia? No. La razón y la justicia sólo pueden estar a favor de *una sola*, cuando no, de *ninguna*. Sólo razones de la sinrazón, o del corazón, o por la razón suprema del *right or wrong my country*.

En escala mundial.—Dos sistemas se disputan la hegemonía del mundo: el capita-

Una Imprenta para REPERTORIO

Este noble propósito del escritor venezolano Aquiles Certad, sigue su curso, en Costa Rica y en América.

Anotamos las últimas contribuciones:

Nueva contribución de los "Amigos de García Monge" Profesores de Español en los Estados Unidos	$ 70 dóls.
La Srta. Sonia Salas contribuye con	₡ 40 00
La Srta. Lilia Ramos adquiere *Revenar* de Max Jiménez y nos deja..	6 00
Venta de tres libros de Max Jiménez..........	13 00
Señalemos el caso de las niñas de la Escuela Ricardo Jiménez, en esta capital: contribuyen con...	15 45

Seguiremos anotando las nuevas contribuciones que nos lleguen.

lismo y el socialismo. En toda pugna que se suscite, el rico y el vago se pondrán de parte del primero: y el trabajador de parte del segundo. Y en todo cónclave internacional, ya se sabe de antemano para quién serán los votos.

De todo lo cual sacarás, lector, que el problema de la libertad no es tan sencillo como parece, y que es un poco aventurado ufanarse demasiado de ella. Probablemente somos unos infelices. Vivimos a merced de la naturaleza y de nuestras pasiones y de las misteriosas combinaciones del tiempo y del espacio. Sexo y sangre nos mandan y nosotros obedecemos porque la sangre es más fuerte que la razón y el sexo se ríe de los códigos. Como este es un tema que entra en los dominios de la alta cultura filosófica, me ha parecido bien despuntarlo de pasada. Pero, aún dando de barato que el libre albedrío sea un hecho, su concepto ha evolucionado como todo lo que existe, sea cualquiera el orden a que pertenezca.

Las ideas también evolucionan. ¿Que es una idea? Una imagen del mundo externo, o del *no-yo* reflejada en el espejo del *yo*. Una adaptación de la sensación recibida, o de la impresión sentida, al temperamento de cada uno. Y si el *no-yo* cambia constantemente, su imagen proyectada sobre el *yo* cambiará también. Y aun cuando el mundo externo no cambiara, cambiaría su impresión al ser recibida *distintamente* según la sensibilidad de la placa de cada órgano receptor. La idea por ende, está sujeta como todo, a la ley de la evolución. ¿Cómo explicar el hecho de que *una cosa* que cae bajo el ángulo visual de tres personas, sea para una *blanca*, para la otra *negra* y para la tercera *gris*? La idea, semilla del mundo espiritual, nace, crece y muere como todo ser biológico. Veamos por ejemplo lo que pasa con la idea religiosa, origen del *hecho religioso*, que por haber ejercido una influencia tan considerable en la historia, vale la pena que lo estudiemos brevemente.

La infancia de la humanidad es como la del niño. El niño es ignorante. Pero en cuanto le alborea la razón es un filósofo terrible que pregunta y escruta sin descanso. Quiere saber la causa de todo, y ¡ay de vuestro cronómetro si no andáis listos! Así debió ser el hombre primitivo. El veía que a su alrededor, la noche, el día, la tierra, el cielo, el viento, el mar, todo trabajaba. El no veía ese trabajo, como tampoco nosotros, aunque ya hemos empezado a entreverlo. Miraba al sol y seguramente se decía: ¿qué será, que no será esa cosita que brilla allá arriba? Y no sabiendo cómo llamarla, la llamó *deva* o *div*. (el brillante). Otros después convirtieron el *deva*, en *diehová*, después en *zeus*, después en *divus* o *deus*, después en *gutt*, en *got*, en *god*, en *bog*, que vienen a ser formas diversas del radical sánscrito *div* que por el rodaje natural de las palabras se fué modificando, perdiendo y cambiando letras según el genio de las lenguas. ¿Que significan todas esas palabras? Empezaron por expresar la idea de *lo que brilla* y acabaron por expresar lo inexpresable, lo incognoscible: *Dios*, la palabra que expresa nuestra ignorancia. También nosotros llamamos *electricidad* a una fuerza que no conocemos. Podíamos llamarla *dios*, como a *dios* podíamos llamarlo *electricidad*.

Científica y filosóficamente, tanto monta. Por la ley de la inercia nosotros seguimos llamando *dios* a *eso* que sigue trabajando en el fondo de las cosas sin que sepamos cómo. Sólo sabemos que no es, que no puede ser un ser personal el que trabaja. Pero estamos seguros de que algún día hemos de captar el misterio de la vida universal. Empero la *idea religiosa* ya había nacido. Y especulativa al principio, no tardó en hacerse práctica «Si había *una cosita* que lo hacía todo, por algo sería». Y la religión-creencia devino religión-deber. «El hombre debía estar ligado a *aquella cosita* por un conjunto de obras que simbolizaban los *deberes* y los *derechos* respectivos. Y empezó la discriminación de personas, unas para servir, otras para ser servidas. Este fué el origen de la abundante fauna que vive de la *cosita que brilla*, sin que la humanidad haya podido superar todavía esta concepción del pitecantropo de hace cinco mil siglos. Y aquí estamos, perdidos en la frondosa selva de *hierocaraces*, *hierofantes*, *arúspices*, *flámines*, *bonzos*, *magos*, y demás. Es el período segundo o de *crecimiento* de la idea religiosa.

Pero como la sed de saber nos atormenta a todos tanto como al doctor Fausto, la *idea aquella* tendrá que morir un día. No importa que tarde, pero llegará. Para muchos millones de hombres ha llegado ya. La ciencia va explicando poco a poco *esa cosita* que llenaba de terror a nuestros antepasados. Las ciencias naturales, la física, la química, van explicando los fenómenos, mientras la astronomía ha limpiado de dioses la barbacoa de la biblia. Me imagino el estupor del primer astrónomo que después de escrutar con un buen telescopio los cielos teológicos exclamaría: «Señoras, pero si aquí no hay nada!» Y es cierto. La antigua concepción del Universo está en crisis. Y si el microscopio nos acerca al misterio de la vida, el telescopio pone en comunicación al mundo terrestre, no con el olimpo del Padre Celestial sino con las leyes eternas de la mecánica celeste.

La idea religiosa se mantiene por la velocidad adquirida; pero a fuerza de choques y de roces, ésta tendrá algún día el valor cero.

A esta ley biológica, *nacer*, *crecer*, *morir o transformarse*, no escapa ni la idea de la libertad. Con el hombre salvaje ésta fué absoluta. Con el hombre pre civil empezó a sufrir recortes antes de la invención de los códigos. Y con el hombre de la ciudad futura estará tan dosificada que acabará terminando en punta.

Hoy los hombres del Norte nos quieren imponer un sistema de ideas que ellos juzgan perfectas cuando en realidad están fosilizadas. Tengo fe en el escritor azteca que ha dicho que los mexicanos no son bueyes mansos. Al sur del trópico de Capricornio se están perfilando otros hombres que quieren ser toros bravos. Pero los hombres de entre los dos trópicos ¿qué querrán ser? Y aunque no dudamos del resultado final de esta lucha biológica, pero sabemos de la fascinación del oro y de su papel involutivo en el proceso general del pensamiento hacia cumbres más altas. Por eso temo de los hombres de América. Creo que se puede decir de Norte América que está haciendo el mal con la mejor de las intenciones Yo prefiero a Mefistófeles que hacía el bien con la peor de las intenciones. Si la libertad de esta democracia no liberta de la necesidad a nadie; si es como la religión oficial que a nadie ha redimido; si es como el Dios de arriba que mira, mira y no hace nada y deja que el mundo se hunda, yo prefiero el diablo de Fausto que al fin hacía algo.

En cuanto a mi afirmación de que civilización y libertad están en razón inversa, tengo para mí que a algunos les sonará a paradoja intolerable. Pero un espíritu filosófico convendrá en que no sólo es un hecho histórico sino que será en el futuro un imperativo biológico de acuerdo con las condiciones en que habrá de moverse la humanidad nueva. Así lo prueba eso balumba de leyes que forman los códigos de nuestra civilización, que no son sino recortes hechos a la libertad del *yo*, desde que el *homo primigenius* salió de la caverna para iniciar la vida civil en las ciudades lacustres hasta nuestros días. Un código no es sino la historia de las advertencias hechas a nuestro orgullo de hombres libres. Como esos letreros que hay en todas partes y que nos advierten: «Esto sí». «Esto no». «No entres». «No toques». «No hables». Y los códigos son cada vez más gruesos. No está lejano el día en que tras unos *considerandos* le añadan unas líneas que digan: «El hombre no ha venido al mundo para estar tumbado al sol rascándose y lamiéndose como un gato. Todo ser humano tiene el deber de producir para el sostén de la comunidad a que pertenece y con la cual tiene igual número de deberes que de derechos. En su consecuencia: queda prohibida la libertad de no hacer nada. Y por lo tanto: El que no trabaja no come». Una nación se definirá como «el conjunto de todos los ciudadanos movilizados por la ley para una obra común y no para hacer cada uno su real gana». En un mundo cada vez más chico, con una tierra

cada vez más pobre, una disciplina de trabajo planificado será un postulado inexorable. Pero, aún sin llegar al extremo de que nos administren la libertad con cuentagotas, la historia está llena de las andanzas de esa pobre libertad tan celebrada teóricamente, tan ultrajada por los sapos de la política. En cuanto un país se pone nervioso, ya se sabe el remedio: suspender las garantías. Y si la guerra llama a nuestras puertas, ese *monstruo abstracto* que llaman *estado* nos pone un fusil en la mano y nos dice con cara de pocos amigos: Vaya usted a la frontera y déjese matar. Nuestros bienes, nuestra libertad, nuestra vida, son propiedad de ese monstruo. Y desde el advenimiento del cristianismo ¿la guerra ha sido acaso una planta exótica o de estufa en Europa? ¡Oh calumniado paganismo! El hombre cristiano y redimido ha vivido en la guerra como el pez en el agua. El hombre europeo no ha podido liberarse del instinto de matar y hacer sufrir a sus semejantes. No importa que todos sean hijos de Dios, con derecho a ocupar una butaca confortable a la derecha del Padre. Tipos representativos de esa Europa sin ventura han sido los papas a caballo o *papas de caballería* dirigiendo las matanzas. Ese ha sido nuestro cristianismo. Hace medio siglo que yo no lo alabo. Prefiero cien veces las religiones de Asia tan fraternales, tan pacíficas, tan impregnadas de espiritualismo y de *no resistencia al mal*, que el santo indú Mahatma Gandhi expresa continuamente con la palabra sánscrita AHIMSA, *voluntad de no hacer el mal*. Vivekananda, Tagore, Aurobindo, Krisnamurti, Gandhi... ¿qué valen los santos nuestros al lado de estos santos indús? Si Cristo viviera y habitara en la tierra se iría a vivir con los budistas. No; lo que es Jesús no fué católico.

Se quiere expresar con todo esto que si la pérdida de la libertad es consustancial con la guerra, estamos ya tan curados de espanto que unos recortes más o menos no nos quitarán el sueño. Además, el hombre busca hoy más que la libertad, el bienestar y la paz. De hecho y a pesar de nuestras ilusiones, hemos vivido casi siempre sin libertad, pero nos hemos consolado en la mesa.

Tenemos pues hasta ahora estas ideas fundamentales. Primera: ignoramos aún si somos o no libres. Segunda: la libertad está sujeta a la ley general del transformismo. Tercera: estamos aclimatados a la pérdida de las libertades sin que esto determine crisis en nuestra vida Cuarta: que vamos hacia un tipo superior de civilización en que la libertad de obrar estará cada vez más recortada. Y quinta: que nos daremos por consolados con tal de tener los bienes generales de la vida, alimento, vivienda, vestido, cultura... al alcance de la mano.

Dudo que puedan ser negadas estas tesis por un pensador inteligente. Adivino el desencanto que les causará a algunos esta teoría pesimista. Pero ella está fundada en el estudio de la historia y en la marcha de las ideas nuevas en todo el mundo. Marcha automática, por la fuerza interna de las doctrinas, sin que las empuje ningún imperialismo. Les basta su poder de convicción, que es la esencia del proselitismo. No es necesario hacer grandes sacrificios del amor propio para suscribir esta afirmación de Benes: «Se está operando en todo el mundo la transición del liberalismo al socialismo». Es el hecho fundamental de nuestro siglo y sólo a la luz de él es posible interpretar los terremotos de la hora presente. Y el que no lo vea, si es intelectual y escritor hará bien en cambiar de oficio. Estamos ante el movimiento universal de los pueblos para la formación de una conciencia única: *la solidaridad humana;* y de un pensamiento único: *el bienestar* para todos los hombres. Ni los hombres, ni las armas, ni Stalin, ni la bomba atómica tienen nada que hacer en este asunto. Las ideas marchan solas Los hombres sólo van de acompañamiento en una de estas formas: o *delante* como guías, a *al lado* como comparsas, o *detrás* como arrastrados. Los hombres mismos, no sólo *no son* la causa de esta revolución trascendental, sino lo contrario: sus efectos, sus víctimas, y marchan arrastrados por las ideas. Claro está que los hombres del Kremlín ven más y mejor que los de Washington, y al comprender que contra este movimiento universal de la evolución histórica *no hay reacción posible*, se han puesto al diapasón de su época. Y acatando una gran ley biológica, han acompañado sus actos al sacudimiento subterráneo, al terremoto ideológico que hace temblar las bases de la civilización moderna. No son los hombres los que hacen las revoluciones; éstas se incuban al calor de los *hechos sociológicos* y los hombres no son sino comparsas. En todo cataclismo histórico, *la procesión va por dentro*, movida por el imperativo vital de los grupos humanos: *renovarse o morir; renovarse para subsistir*.

Por esto se está revisando la concepcion de la democracia. En Norte América misma, ha evolucionado la democracia. Hace un siglo, la mujer era allí *una cosa*. Apenas podía ser maestra. Ganaba 1-5 por semana. No podía tener bienes. Ni disponer de sus hijos. Ni votar. Ni estudiar una carrera. Había de llegar el siglo XX para hacer su evolución histórica. ¿Y en Inglaterra? Sólo después de la *gran guerra* conquistó la mujer los derechos civiles. En cambio, el socialismo, en cuanto subió al puente de bitácora en la Rusia zarista, *lo hizo todo de una vez y para siempre*. Fué una obra perfecta a la que no se puede ni cambiar un trazo ni añadir una palabra. Pero si la democracia yanqui evolucionó una vez, puede seguir evolucionando cien veces. Ergo: su democracia tan alabada de perfecta, era imperfecta, o bien, falsa.

Todos hemos sido víctimas de dos ilusiones falaces: la libertad y la democracia. Después de haber escrito montañas de filosofía política, apenas hemos conquistado el derecho de votar, y con él nos creemos libres. Es como si por haber subido en coche al Vesubio creyéramos haber escalado el Everest. *It is a long time to Tipperary:* falta mucho para llegar a la Montaña Santa. En el corazón de las ciudades opulentas, junto a las cuevas de Alí Babá, millones de esclavos esperan su manumisión de la necesidad. Por eso aspiran a superar un liberalismo de opereta que de nada nos libra. En esta hora de confusiones, el intelectual de vista larga debe avizorar cuál es la dirección del pensamiento en el mundo, cuál es el deseo difuso de las masas y hacia qué metas, para empujar el movimiento ascendente de la civilización humana hacia la perfección. El sentido de la lucha en el siglo XIX fué éste: contra el absolutismo, hacia el liberalismo El sentido de la lucha en el siglo XX es este otro: por el liberalismo al socialismo.

Empeñarse en cambiarle o torcerle el signo a este movimiento significaría ir contra la democracia y además contra la inteligencia. Mas no olvidemos que el Tiempo que es el molino de los dioses, muele lento, pero fino. Y aquel empeño, por antihumano y por antihistórico, por vano y por tonto, perecerá sin remedio.

Costa Rica, 5-VII-47.

Repertorio Americano

EDITOR:
J. García Monge
TELEFONO 3754
CORREOS: LETRA X
En Costa Rica:
Suscric. mensual ₡2.00

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública, no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—*José Martí.*
...."y concebí una federación de ideas,"—*E. Mta. de Hostos.*

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares
Giro bancario
sobre Nueva York

NOTICIA DE LIBROS

Indice y registro de los impresos que nos remiten los Autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.

En estos días han llegado:

Como envío de la benemérita editorial Losada, en Buenos Aires:

Pablo Neruda: *Tercera Residencia.*

En la colección Poetas de España y América.

El esperado tercer volumen de *Residencia en la Tierra.* Contiene íntegramente *España en el Corazón* y Poemas inéditos.

En la Biblioteca Filosófica:

Rodolfo Mondolfo: *Tres Filósofos del Renacimiento* (Bruno, Galileo, Campanella).

La visión de los tres mayores filósofos del Renacimiento renovada por el mejor conocedor actual de la materia.

Sóren Kierkegaard; *Temor y Temblor.* traducción de Jaime Grinberg.

Una conciencia encendida en una meditación que llega en su veracidad a la última raíz del ser.

Los núms. 2, 193 y 194 de la Biblioteca Contemporánea:

Gustavo Flaubert: *Madame Bovary,* Novela. Traducción de Augusto Díaz Carvajal.

Manuel Gálvez: *Humaitá.* Escenas de la guerra del Paraguay.

José María Monner Sans: *Pirandello.* Su vida, su teatro.

(Atención del autor que en mucho estimamos.)

Señas del autor: Agüero 2079. Buenos Aires. Rep. Argentina.

*

Los folletos interesantes:

Carlos Rafael Rodríguez: *José de la Luz y Caballero.* La Habana. 1947.

Este ensayo de revaluación histórica según el criterio del marxismo, fué publicado en la revista *Fundamentos* en ocasión del 147º, aniversario de Luz y Caballero, julio de 1947.

*

La Asamblea General de las Naciones Unidas, aprobó el 11 de diciembre de 1946, una resolución para crear el Fondo Internacional de Socorro a la Infancia.

*

IV. *Jurisprudencia* y *Crónica de los Tribunales de Instancia en el año de 1946.* Caracas. Junio de 1947.

(Resumidas y presentadas por la Presidencia de la Corte Federal y de Casación, sin prejuzgar sobre el contenido jurídico de la presente publicación).

Política Económica Nacional. Doctrina. Realizaciones. Junio 1946-Agosto 1947.

Universidad de Buenos Aires. Departamento de Acción Social Universitaria.

*

Sigamos con la Editorial *P. T. C. M*, en Lima. Hay que fijarse—repetimos—en esta nueva editorial, que nos honra, que nos sirve.

Acaba de remitirnos:

Fr. Diego de Hojeda: *La Cristiada.* Prólogo de Rafael Aguayo Spencer. Lima. 1947. En dos tomos muy bien impresos.

La Cristiada constituye una verdadera summa poética.

Este asunto informa la actividad de los hombres del siglo de oro de España: soldados, estadistas, literatos, teólogos y misioneros.

Esa manera que tiene Hojeda de concebir a Cristo como soldado y compañero que va por los caminos de nuestra América reclutando gentes.

*

Estos versos:

Vitral. Por Carlos M. Reyes.

(«Ninguna obra humana es perfecta, eso sí, reconózcase la honradez de mi sinceridad: he querido ser original»).

Con el autor: Monserrate Nº 107. La Habana. Cuba.

*

Nos llega el Núm. 156, Año XIV, de *Judaica,* Buenos Aires, julio de 1947. Es un homenaje a la memoria de Don Salomón Resnick, su extinto fundador y su director durante 13 años.

También nosotros hemos sentido mucho la partida del Sr. Resnick. Estimamos en justicia la noble empresa que realizó. Hombres así, constructivos e idealistas, hacen falta en nuestra América.

Nos parece que los colaboradores y amigos del Sr. Resnick no hallarían un medio mejor de seguir honrando su memoria, que imitar su ejemplo: que *Judaica* reanude sus labores y que siga adelante con el propósito de bien, verdad y belleza que su fundador le inspiró.

*

El Consulado de Costa Rica en La Habana nos ha remitido este libro, para nosotros también muy interesante por lo que al Dr. Antonio Zambrana se refiere:

G. Rodríguez Morejón: *Los Zambrana.* Tríptico biográfico. 1947. Habana.

(Antonio Zambrana y Luisa Pérez de Zambrana, le han servido de asunto. «Nuestra patria necesita ser más conocida en el mundo y los libros son la única manera segura de lograrlo», afirma en el prólogo don Antonio S. de Bustamante y Sirvén.)

*

Un poeta y maestro de Cartago, muy nuestro por lo tanto: Napoleón Martínez Leiva. Nos ha traído este cuaderno escolar: *Sonrisas de los Niños.* San Nicolás de Cartago, 4 de mayo de 1947.

Son 6 dramatizaciones muy bonitas. Ojalá que lleguen a manos de maestros de las escuelas y por ellos, lleguen al ánimo de los niños. Animo y ánima.

Editorial Aurora Social Ltda,
Teléfono 4310 - Apartado 884
San José, C. R.